

SYLVIA SIDNEY
DONALD COOK
MARY ASTOR
H.B. WARNER



EDICIONES
BISTAGNE



SOLA CON SU AMOR

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18841 - BARCELONA

Sola con su amor

Sentimental asunto de honda emoción. Diario de una mujer
que amó intensamente.

Dirección de
Marion Gering

Es un film de la famosa marca **PARAMOUNT**

Distribuido por
PARAMOUNT FILMS, S. A.
Paseo de Gracia, 91
BARCELONA

Argumento narrado por **Ediciones Bistagne**

(André Bayón)

PRINCIPALES INTÉPRETES:

Sylvia Sidney
Donald Cook
Mary Astor
Edward Arnold
H. B. Warner

SOLA CON SU AMOR

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

—¿Hay aquí trabajo?

—No hay.

—¿Ni para fregar pisos?

—Ni para eso.

—Perdone, entonces...

Eran las palabras repetidas una y otra vez con una insistencia dolorosa. Era el cerrarse todas las puertas, todos los corazones.

Madre e hija recorrían aquella peregrinación, aquel calvario en que todo era una negativa. Al regresar a casa, no llevaban trabajo, sino desilusión, volvían cargadas de densas sombras.

Vivían en el Estado de Ohio. Desde que el padre perdió el empleo, se acabó la alegría familiar. Se agotaron las reservas, los últimos ahorros y ni una sola coloca-

ción venía a sustituir la perdida. Y ahora eran la vieja madre y la hija, Jennie, quienes buscaban trabajo con el mismo resultado infructuoso.

La madre, más que vieja por los años, lo era por el peso de una vida triste en que la escasez de dinero fué siempre la más dura preocupación. Jennie era joven y estaba dotada de un extraordinario encanto, de un halo de ingenuidad y de modestia, creado al socaire de un hogar donde la felicidad no reinó nunca a sus anchas. Tenía una belleza espiritual y delicada, un aire de niña que aun no ha aprendido a ser mujer...

Una mañana, cuando ya desconfiaban de encontrar una ocupación,

la más modesta, entraron en un hotel de relativo lujo.

Expusieron su pretensión al dueño, quien, compadecido por la situación de las dos mujeres, las aceptó para la limpieza.

—Pero usted no debería fregar pisos—le dijo a Jennie descubriendo en esta mujer algo superior, como una misteriosa luz que se escapase de su persona—. Usted parece nacida para algo más.

—No... Yo sólo sé hacer eso...

—Bien, bien. ¡Allá ustedes! Díganle al encargado que las acompañe a buscar los útiles... Adviérтанle que las mando yo.

—Gracias por todo, señor.

Al cabo de pocos minutos, inclinadas sobre el suelo, enjabonaban la bella y amplia escalinata de mármol.

—¡Qué lujo hay aquí!—comentó Jennie.

—Hermosa vida la de esta casa.

—¡Cuántas gentes afortunadas hay!

Callaron al ver avanzar por el magnífico hall a un caballero de mediana edad, elegante, de aspecto señorial, fino y orgulloso.

El dueño se inclinó con respeto.

—Buenos días, senador.

—Buenos días, Clerk.

Jennie se levantó, dejando paso franco al senador, quien envolvió

en una mirada curiosa, penetrante, a la chiquilla.

—Gracias—dijo al pasar.

Y haciendo accionar su bastón, de soberbio puño de oro, subió lentamente las escaleras, volviéndose de vez en cuando para contemplar a la humilde criatura cuyas manos, de una blancura de lirio, se sumergían en espumas de jabón...

—¿Has visto?—comentó Jennie en voz baja mirando a su madre.

—¡Qué hermoso bastón con puño de oro!

—Algún millonario...

—Acaso encontrásemos trabajo para lavar la ropa a gente así, tan distinguida, que debe gastar mucho...

—Es verdad... Se lo diremos al dueño.

Al marcharse hicieron la proposición y Clerk se comprometió, con un íntimo sentimiento de caridad, a comunicarlo al senador.

La respuesta la conocieron al día siguiente. El senador Brander, millonario y soltero, que vivía en aquel hotel, estaba dispuesto a que ellas le arreglasen la ropa.

—El señor Brander desea verlas. Hagan el favor...

No sin cierta emoción, por tratarse de tan alto personaje y ellas mujeres humildes, llamaron a la habitación de aquel famoso político, cuyos discursos tenían siempre

en el país un eco de popularidad y entusiasmo.

—Venimos por la ropa, señor—dijeron a Brander cuando éste les franqueó la puerta.

El rostro fresco y sonrosado del senador se iluminó con una amable sonrisa.

—Usted es la señora Gerhardt, ¿no?

—Sí, señor.

—¿Y ésta es su hija?

—Sí, señor.

—Pasan... pasen... Ahora voy a traer la ropa... Siéntense... Estarán ustedes cansadas...

Se sentaron con apocamiento, faltas de costumbre de aquel trato suave, casi de igualdad con que el senador las favorecía.

Les entregó Brander un paquete de ropa y las despidió con las mismas demostraciones de simpatía... Notó Jennie que los ojos del senador se habían fijado en ella muchas veces, con una mirada fija, casi hipnótica, y, sin saber por qué, tuvo miedo... y por la noche rezó en casa un Padrenuestro para que no le ocurriese ningún mal.

* * *

Jennie preparaba la frugal cena, pobres y baratos manjares con los que apenas se podía acallar el hambre de la familia, constituida

por padres y tres hermanitos más, sin otro ingreso que el que proporcionaban las faenas de Jennie y de mamá.

Gerhardt tenía un gesto de franca preocupación, de terrible amargura.

—Todo el día caminando en busca de trabajo... y nada.

Pero Jennie estaba más alegre que de costumbre.

—No te apures, papá... Si el senador Brander nos sigue dando a lavar la ropa, podremos ir viviendo.

—Esta noche voy a buscar más carbón—interrumpió la hermanita de Jennie, muchacha de unos doce años.

—Ayer, por poco nos agarran—dijo el otro hermanito.

Gerhardt alzó los puños con rabia.

—¿Por qué se me trata así? Yo quiero ser honrado, y no he de consentir que mis hijos vayan a robar el carbón para poder encender la cocina.

—No robamos mucho, papá—murmuró la niña, llamada Verónica.

—Tienen más en la cara que en el cubo—dijo Jennie mostrando el rostro ennegrecido de los hermanitos, que, acuciados por la necesidad, iban todas las noches al mue-

lle del carbón, a extraer pequeñas cantidades de mineral.

Era pecado lo que hacían, sin duda. Pero la necesidad es tan terrible y el hambre aterroriza y es como un lobo que aúlla en el camino reclamando su presa...

¡Ah, la preocupación de su casa, la de su padre, roble cuyas energías eran ya estériles y abría los brazos como en una cruz de sacrificios!

Jennie no podía sustraerse a esta amargura y, un día en que fué a devolver la ropa al senador —cada vez más amable, más cariñoso con ella y cada vez mirándola con mayor fascinación—, le expuso lo que pasaba en casa, el cuadro de miseria, sobrio, pero intenso como un aguafuerte de Goya.

—Que venga a verme — dijo Brander, a tiempo que encendía un cigarrillo y devoraba con la mirada a la mujer—. Quizá le encuentre trabajo.

—¡Qué hermoso sería! ¡Nunca podría pagarle ese favor!

Las manos de él acariciaron las de Jennie, unas manos encendidas por la fiebre.

—Es usted muy buena, Jennie... Lo merece todo... y quiero ayudar a su familia.

—Gracias, señor Brander...

—Me duele que tenga usted tan-

tas preocupaciones. Es usted tan joven y... tan bonita.

—Eso no...

—Tengo mucho interés por usted, Jennie. Iremos de paseo. ¿Le gusta? Dígaselo a su mamá.

—¿Yo? No... no podría.

Y miraba a Brander, sin comprender las intenciones de aquel hombre ya maduro que tenía para ella las delicadezas exquisitas que los amantes tienen para sus amadas.

—Lo haré hoy mismo. Se lo diré yo...

—¡Oh, no es necesario! Mamá me dará permiso. Usted es tan bueno y tan formal...

—No lo dude. Espero que se vaya convenciendo de la verdad.

Y cuando Jennie comunicó a su madre la determinación del senador, la vieja dudó unos instantes, pero al cabo dijo:

—No se lo digamos a papá. A él no le gustaría, pero el senador es una buena persona y nada debes temer yendo con él...

—Sí...

—Además, una muchacha que trabaja como tú, tiene que divertirse.

Y comenzaron las entrevistas con el senador. Iban muchas tardes a un restaurante al aire libre y merendaban y luego daban largos pa-

—Y él le ha dado un reloj.

—¡Qué escándalo!

—Y es de oro.

—Habrá que avisar al señor Gerhardt.

—De esto me encargo yo.

Y uno de los vecinos fué al otro día a contar al severo padre aquellas salidas misteriosas, que ponían en commoción al barrio entero.

—Como amigo, mi deber es advertirle de lo que se dice de Jennie.

—¿De Jennie? ¿Quién puede decir algo de mi hija? — protestó, sorprendido.

Y el vecino vertió en su oído la insidia calumiosa, el rumor de la maledicencia que corría de boca en boca.

¡Con qué indignación escuchó aquel padre severo, rígido en cuestiones de honor! ¡Ah, cuando llegara su hija!...

Jennie estaba bien ajena de suponer la catástrofe. Se encontraba con el senador en la terraza de un restaurante elegante, donde una música vertía hechizos de aires vieneses.

Brander había pretendido aquella tarde arrancar del alma de Jennie alguna confesión, algo que le permitiera recoger un latido de ilusión y de esperanza. Porque lo cierto era que el senador se había enamorado con la fuerza vibrante

seos por las alamedas umbrías, propicias a las confidencias.

Jennie, con su fino instinto de mujer, aunque él no se lo había dicho formalmente, estaba segura de que el senador la quería, o la deseaba cuando menos con la atracción ciega del amor... Pero ella... ella le estaba muy reconocida, le agradecía en el alma todas las atenciones, todas las amabilidades, todos los sentimientos de predilección y de fervor que le demostraba... pero su atracción hacia él era casi filial, de hijita buena que amara con adoración a su padre... La otra llama, la tormenta, la angustia, la fuerza y la emoción del amor, no había surgido en un corazón donde todo era aún llanura de placideces...

Un día, al despedirse, le regaló Brander un reloj de oro, que Jennie mostró a su madre y ocultó a las miradas, que consideraban habían de ser hostiles, de papá.

El regalo del reloj de oro, hecho en plena calle, había sido sorprendido por unas vecinas chismosas, a quienes la envidia y un anhelo estúpido de hacer mal porque sí, llevaban a criticar acerbadamente las salidas de la muchacha, atribuyéndolas un sentido que estaban muy lejos de tener.

—Salieron tres veces esta semana.

y honda de la madurez, que ve por delante un desierto y busca el refugio donde se esconde la felicidad.

Jennie no parecía responder a las vibraciones de su protector. Le hablaba muy afectuosa, con una palabra acariciadora, pero un poco forzada y de artificio; nada más. La pasión no salía a la superficie.

Era Brander experto conocedor de las gentes. Y, dándose cuenta de lo que pasaba por el corazón de la joven, suspiró con una vaga melancolía:

—¡Ah, lo que son las cosas!... Cuando yo era joven, amaba a una muchacha que no me quería por pobre... y ahora que soy rico, tú no me quieras porque no soy romántico.

Ella sonrió sin negar.

—¿Querría usted serlo?

Animado por aquella sonrisa, el senador volvió a remontar el vuelo de su esperanza.

—En serio, Jennie, quiero retirarme, gozar de la vida antes de que sea tarde. Siempre me ha gustado la soledad, pero, cuanto más viejo me hago, menos me agrada. Jennie, ¿me quieres un poco?

Y su mano, gordezuela y velluda, se posaba sobre la mano de lirio de Jennie, una mano sacudida por el temblor.

Jennie bajó los ojos. Ante ella

pasó como una visión su familia en la miseria, teniendo como único ingreso lo que ella y su madre ganaban gracias al senador... Iba adivinando lo que éste se proponía bajo su ayuda, al parecer desinteresada... Y Jennie cerró más y más los ojos... ¿Dejaría que de nuevo el hambre se enseñorease de la casa?

No, no amaba a Brander... pero, ¿qué hacer, si a cambio de ayudarles, él le exigía el sacrificio de su juventud y de su alma? En lo más íntimo de su conciencia, sentía horror ante el sacrificio, pero, alma que vivía para los suyos, iba a entregarse, era inevitable, melancólica, al holocausto.

—Di—insistió la voz del senador—. ¿Me quieres un poco?

—Ha sido usted tan bueno para mi familia...

—No puedo seguir sin ti... ¿Te gustaría vivir conmigo de ahora en adelante?

Los ojos expresaron asombro.

—¿Vivir con usted?

—Sí, Jennie... porque te amo.

Y agregó, en un arranque de entusiasmo:

—Quiero casarme contigo.

—¿Casarme?

Y como un nuevo mundo de sorpresas maravillosas desfilaba ante los ojos de Jennie. No era, pues, lo que ella había temido, un amor clandestino e irresponsable, sino

amor de altar, amor que bendice Dios y es camino de ventura...

—¿Es mucho pedir? ¿Quieres? ¿Quieres?

Brillaban los ojos del senador con una emoción profunda, tal vez la mayor de su vida. Era un paso decisivo en su existencia. Una negativa significaría caer para siempre en un mundo de renunciación y desesperanza.

Jennie meditó unos instantes. Las mismas consideraciones de antes se hizo ahora. No le amaba, pero ¿cómo rechazar aquel brazo generoso, aquel corazón dispuesto a llevarla a los altares, a engarzar su prestigioso apellido con el suyo? Respondió suavemente, pero con una voz que estaba desprovista de alegría:

—No puedo negarme...

—Si aceptas por gratitud, no quiero...

—No.

—Piénsalo, Jennie. Ya me dirás. A ninguna mujer le he pedido que fuese mi esposa. Sólo a ti. Piénsalo. Ya me dirás.

Y le besó la mano y sintió que ella volvía a temblar con un temblor de fiebre y de martirio...

Tuvo Jennie que soportar la feroz diatriba de su padre, envene-

nado por el chismorreo de la vecindad. La indignación cortaba a veces en seco sus palabras.

Jennie, humildemente, movía la cabeza, tratando de hacerle ver lo injusto de su conducta.

—Tú no entiendes, papá. El senador tiene intenciones honradas.

—¡Estúpida!

—No, papá... Quiere casarse conmigo.

Una carcajada insultante le replicó:

—¿Casarse contigo?

—Sí. Esta misma noche me ha preguntado si quería contraer matrimonio con él.

—No seas inocente. ¿No comprendes que era mentira? ¿Casarse contigo? Tonta, más que tonta. Si tuviese buenas intenciones, vendría aquí a pedírmelo, pero como es un rufián...

—Eso no.

—Lo es. Por fortuna, he llegado a tiempo para que no seas víctima de sus juegos. Te prohíbo que vuelvas con él.

—Pero...

—Si vuelves, te echaré de casa, ¿me oyes?

Inclinó la cabeza.

—Sí, papá. No volveré a verlo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo, papá.

Estaba decidida. Ya que el padre no quería aquel sacrificio, por-

que lo era rendir su corazón y su juventud a un hombre maduro al que no le unía otro lazo que el inconsistente de la gratitud, renunciaría a ello y no vería más al senador. De alguna parte iba a salir el dinero para la manutención de todos, y, si faltaba, ella no tendría la culpa. Lo sentía por mamá, por los hermanitos... pero, pedacito de carne frágil y delicada, de alma nubil, ¿qué iba ella a hacer, sino callar?

Pasaron algunos días. No volvió a ver al senador. Se acabaron los ingresos, dados con esplendidez por Brander a cambio de lavar su ropa. Y de nuevo cayó sobre la casa la sombra de la escasez.

No había dinero casi para nada y no podía encenderse la cocina. Faltaba carbón, y habían de ir a buscarlo sus hermanitos donde otras veces, a hurtarlo de los vagones del muelle, a robar pequeñas cantidades, expuestos siempre a ser sorprendidos por la autoridad con todas sus desagradables consecuencias.

Pero Verónica, la hermanita menor, no podía ir aquella noche. Se encontraba mal y, en vez de ella, fué su hermanito Bass.

—Ve con Willie... toma el cubo. Y procurad que nadie os vea.

—Sí, Jennie.

Ya en el muelle y subidos a uno de los vagones, llenaron el peque-

ño cubo. Y, al disponerse a marchar a casa, fueron sorprendidos por dos agentes de policía, quienes consiguieron apresar al pequeño Bass, que se debatía entre lágrimas mientras su hermano lograba escrúrarse entre las tinieblas de la noche.

¡Inmenso dolor sobre los dolores que ya caían sobre la familia, capa más espesa de duelo y amargor!

¡El chiquillo en la cárcel! El niño mimado, sonriente, feliz siempre, en una celda, acaso entre gentes de mal vivir, que verterían en su alma la canción brutal de sus vidas...

Corrió Gerhardt desalentado a la prisión y volvió de ella con la pena en el semblante y un temblor cruel...

Mamá lloraba amargamente y los hermanos le hacían coro, repitiendo el nombre del ausente como una letanía de amor.

—¡Mi hijo en la cárcel! ¡Mi hijo en la cárcel!— suspiraba Gerhardt. Lo vi tras las rejas. No he podido pagar la multa. Y mientras no la paguemos, le tendrán encerrado. ¡Ah, el mañido dinero que se necesita para todo!

La esposa se atrevió a musitar:

—Si el señor Brander quisiera ayudarnos...

El interrumpió sus palabras con expresión implacable:

—¡Calla! No quiero oír ese nombre en mi casa. Todo menos eso, ¿entiendes? Todo...

Jennie calló en silencio, pero en su alma la idea de salvar al hermanito de la prisión le había hecho tomar una determinación inmediata y radical. Pasara lo que pasase, se disgustase o no papá, ella iría a ver al senador, a buscar su influencia, a pedirle que salvara al pobre Bass, que lloraría en la cárcel, de miedo y de frío... Se lo pediría aunque fuese de rodillas, aunque fuera a costa de todos los tributos...

Brander la acogió con amoroso impulso. Se enternecía oyéndola relatar los sufrimientos de su hermano, rogar para que fuera pronto libre.

—¡Bah! No te preocupes. Verás qué pronto se arregla esto...

Y telefoneó inmediatamente al Director de la Compañía de Ferrocarriles, en cuya empresa tenía gran influencia.

—Lo pondrá en libertad esta misma noche, ¿no? Bien, gracias... No mencionen mi nombre... Sí, que retiren la acusación... Gracias, gracias... Si en algo puedo servirle, ya lo sabe... Sí, mañana salgo pa-

ra Washington... Ya me avisará, si acaso. Muy agradecido.

Y avanzando hacia Jennie, tímida y llorosa, le dijo, a tiempo que la cogía por las manos:

—La Compañía de Ferrocarriles ha retirado la acusación contra tu hermano.

Tan emocionada estaba la pobre joven, que rompió a llorar, ahora de alegría.

—Vamos, no llores, por Dios...

—Ya me pasará... ¡Qué bueno ha sido usted en salvar a mi hermano!

—Pobre chiquilla!—dijo Brander, contemplando a su sabor aquel cuerpo juvenil y gracioso, sacudido por el llanto—. Pero estás nerviosa y fatigada... No tienes ya por qué preocuparte. Vamos, descansa un poco.

—Gracias.

Estaba rendida. Tantas emociones parecían quebrar su cuerpecito y su alma frágiles, no avezados a los embates adversos.

—Descansa un poco, descansa...

Y la obligó a reclinarse en un diván, y ella permaneció allí un rato, con los ojos medio cerrados y una expresión de inefable bienestar.

Brander, junto a ella, sentía estallar en su cuerpo la pasión hacia aquella juventud temprana, pero se contenía, respetuoso y digno, con

un esfuerzo que le parecía sobrehumano.

Al cabo de una hora de silencio, Jennie se incorporó con lentitud.

—Tengo que irme, señor Brander. Debe ser ya muy tarde... Ya estoy bien.

Brander la acarició.

—Espera aún. ¡Tanto tiempo sin venir a verme y ya quieres marcharte! Te aseguro que estaba intranquilo ante tu ausencia... pensando lo que te habría ocurrido, sin saber de ti...

Jennie movió tristemente la cabeza.

—Tuve tanto que hacer...

—Eso no puede seguir así, Jennie... Creí que te habías olvidado para siempre de mí. Y debes saber que te quiero con toda mi alma y que de verdad te adoro...

Le animaban sus propias frases, y el silencio dulce con que ella parecía acogerlas.

—¡Jennie, te quiero, te quiero! —repitió.

Y unió a sus palabras sus besos, sus caricias, más atrevidas cada vez...

Ella adormecía su voluntad. Pensaba que se debía a los suyos, a su protector, que les acababa de amparar en aquel trance y lo haría en otros sucesivos. Oyó cómo el senador, con una voz baja y apasionada, le repetía:

—Te juro que me casaré contigo...

Y Jennie pensó en lo que significaba aquella promesa: ventura para todos, tranquilidad para papá y mamá, pan y amor para los hermanos, el hogar sin la compañía de la miseria...

Y suavemente fué entregándose, sin amor apasionado, con una sensillez de alma que ni siquiera advina el valor de su sacrificio...

A la siguiente tarde, Jennie, a escondidas de los suyos, fué a despedirle a la estación, pues Brander marchaba hacia Washington para asuntos políticos.

El la miró con ternura, con esa curiosidad de todo hombre al hablar de nuevo con una mujer, compañera de una primera noche de amor.

Jennie le sonrió cariñosamente, con un aire un poco lento, que tenía como una evocación conyugal.

—Creí que no vendrías — dijo él, impaciente.

—Me retrasé.

—Volveré pronto, Jennie, y nos casaremos, ¿verdad?

Jennie le miró con simpatía. Sin sentir verdadero amor por él, le cautivaba cada vez más, por aquel inagotable tesoro de bondad.

No era un capricho lo que el senador sentía por la obrera, sino algo más sólido y fundamental: río de verdadero amor, que busca desembocar en el mar feliz del matrimonio.

—¿Me quiere... aún? — preguntó ella a su vez.

—Más que nunca. Y querría que me amases como yo a ti.

Y añadió con una ligera melancolía:

—Pero comprendo que no es así, no me hago ilusiones. Acaso, si me quieras un poco, es por agradecimiento. Te amo, Jennie, te amo, con toda mi vida. Lo pondría todo a tus pies.

Acariciaba sus manos, las llenaba de besos, las apretaba con transportes delicados de ternura.

—Pobre hombre! La vida del mañana le daba miedo; la riqueza y la fama son estériles bajo el imperio de la soledad y él buscaba el amor como el sediento el manantial... Y Jennie era el amor sincero, el amor sin complicaciones, con la ingenuidad de lo que la vida no ha maltricho, agua que surge de la propia mina y es limpia, fresca, virginal...

Jennie le agradeció con toda el alma aquella conducta y besó, también, amorosa y buena, a Brander.

El tren iba a arrancar. Brander

subió al vagón, estrechando por última vez su mano.

—Adiós, Jennie, adiós... Hasta pronto.

Y cuando el tren no fué ya más que una sombra, otra pequeña sombra flotaba también en la lejanía: el pañuelo del senador, paloma blanca que parecía repetir: No te olvidaré.

De pronto, la catástrofe, la brutal conmoción que siega los destinos de una vida, que trunca los proyectos con la ley inexorable de lo fatalmente imprevisto.

Bass, el hermano menor puesto en libertad por la generosa intervención del senador, fué apresuradamente al encuentro de Jennie y de su madre, que se hallaban en la cocina.

El niño esgrimía un periódico y decía con grandes aspavientos de sorpresa:

—¡Jennie, mamá! ¡El senador Brander ha muerto!

—¿Cómo?

Jennie tuvo que apoyarse para no caer bajo el impulso de la emoción.

Mamá escuchaba aterrizada.

—Sí, sí... Aquí explica cómo fué — continuó el chiquillo—. En un choque de trenes.

Le arrebató Jennie el diario, leyendo con nerviosa rapidez las sencillas noticias que daban cuenta de aquella desgracia, un choque del expreso de Washington con un tren de mercancías; numerosos muertos, entre los que había sido identificado el senador.

Le temblaban las piernas y las manos; parecía saltársele a pedazos el corazón. Una lividez extraña cubría sus mejillas y ponía un halo amarillento en sus ojos.

La señora Gerhardt murmuró con tristeza, acordándose de lo bueno que había sido para ellas el senador:

—¡Qué lástima! ¡Tan noble como era!

Jennie no podía hablar; sollozaba quedamente, con uno de esos dolores que matan.

—Vamos, Jennie, no te pongas así... No hay remedio... Todos tenemos que morir. Y el senador comenzaba a ser viejo.

Pero Jennie no se consolaba y su madre la miró con inquietud, extrañada de la magnitud de aquel dolor que pasaba de los límites con que se lamenta la desaparición de un conocido.

¿Por qué lloraba de aquel modo Jennie?

—¿Qué tienes, Jennie? — dijo con un sentido inmediato de alarma.

—Mamá, mamá...

Adivinó la madre algo terrible, algo cruel, inaudito... Hizo salir de allí a Bass. Y, ya a solas con su hija mayor, recordando algunos hechos pasados, le dijo:

—¡Pobre Jennie! ¡No creí que le quisieras tanto! Pero no le debes llorar más... ¿Qué tenemos que ver, al fin y al cabo, con él?

Mas ella respondió sombría, tristemente:

—Mamá, mamá... Venía para casarse. Ha estado un mes en Washington y venía para pedirme en matrimonio.

—¿Casarse? Pero ¿cómo es ello? Si hacía meses que no le habías visto...

La voz sonó suave como una confesión:

—Le vi la noche en que Bass salió de la cárcel.

—¿Cómo? ¿Entonces, tú... aquella noche?

—Sí, mamá, sí.

La vieja se dejó caer en un sillón, las manos cubriendo la frente. Había adivinado el sacrificio de Jennie, la causa de la repentina libertad de Bass, el dolor de su hija.

—Ah!—gimió—. ¡Si papá supiera! Que no lo sepa nunca, nunca. Le darías un disgusto de muerte...

Jennie irguió la frente.

—Algún día tendrá que saberlo.

—¡Hija mía! ¿Qué dices? ¡Oh, no alces mucho la voz! ¡Si te oyera!... ¡Dios mío, Dios mío!

Jennie se había acurrucado a los pies de mamá, como cuando era pequeña y ella le contaba cuentos de fantasía maravillosa... Pero ¡cuán distinto era ahora todo! Hoy era la realidad, una realidad cruda, de forma de lobo, que venía a destruir a Caperucita.

Y Jennie, sencillamente, con sobriedad, confesólo todo. Sí. Ya sentía en su cuerpo los primeros arañazos de la maternidad. De aquella entrevista, al parecer trivial, había de surgir una vida, con todo su augusto misterio e importancia...

Si hubiese vivido Blander, se habrían casado en seguida. El la quería de veras y ella le estimaba y aquel hijo habría de ser anillo que hiciese indestructible la unión. Pero ahora, ahora...

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!—sollozaba la madre.

Mas Jennie era una mujer animosa y afrontaba las desventuras de la vida con serena confianza.

—No llores, mamá... Me pones triste... No quiero que llores así.

—Pero, ¿te das cuenta? ¿Qué va a pasar cuando se sepa? ¡Ah, qué vergüenza, qué dolor!

Jennie guardó unos minutos de silencio y al cabo dijo:

—No estoy preocupada. Me iré de aquí. Marcharé a Cincinnati... Allí nadie me conoce. No le digas nada a papá, hasta que yo esté fuera. Le diremos ahora que he logrado un empleo allí.

—¡Pobre hija mía!

—Creo que Dios no me abandonará del todo. Fuí mala, tonta... pero yo no podía permitir que nuestro hermanito siguiera preso... Después, no sé lo que pasó... Tal vez mi vida sea en lo futuro un castigo por la falta cometida. Pero si tengo un hijo, me consagrará sólo a él, mi único amor...

Y había tanta dignidad y nobleza en sus palabras, que la madre la admiró como un ídolo...

Días después marchaba a Cincinnati, sin que su padre conociera los verdaderos motivos que la impulsaban a trasladarse de Estado.

Mamá fué a despedirla a la estación. Había vertido más llanto en aquellos días que en todos los de su vida.

—Me duele que te vayas, Jennie. Ahora que me necesitarás más que nunca...

—No estaré abandonada, mamá. Me atenderá mi prima Ada... Es una buena mujer y nos quiere mucho.

—Sí, sí... Ella vale mucho. No pierdas, sobre todo, las señas.

—Aquí las tengo escritas.

Deslizó la madre una bolsita de dinero en las manos de la muchacha.

—Toma esto, Jennie...

Era dinero hurtado a las cosas más substanciales, tal vez a la propia comida de la madre, que con verdadero heroísmo se privaba de todo para la hija. Ella lo comprendió y lo rechazó con un gesto de sincero agradecimiento y amor.

—No lo necesitaré, mamá... El señor Brander me mandó algún dinero para un abrigo. Tanto dinero, que hubiera podido comprar tres. Lo guardé y tendré para muchos días.

—¿De veras, Jennie?

—De veras.

Tenía poco dinero, pero no iba a privar del suyo a la madre, que tenía sobre si la responsabilidad de un hogar numeroso.

Ya en el tren, cruzaron las últimas palabras de afecto, y la señora Gerhardt rogó:

—No le tengas malquerencia a tu padre.

—No, mamá... pero que tampoco me la tenga él.

—Estoy segura de que te perdonaré.

Al arrancar el tren, sintió Jennie que se aflojaban los resortes de

su voluntad y rompió a llorar amargamente.

¿Qué iba a depararle la vida? ¿Cómo la recibirían en casa de su prima Ada? ¿Qué mundo de misterios iba a conocer, sola, con su maternidad en gestación y sin casi un apoyo verdadero? Y como no supo contestar a ninguno de esos interrogantes, se inclinó, devotamente, a la voluntad de Dios.

Unos meses después, nacía una niña, que se llamó Vesta. Jennie pasó horas de trágica soledad...

Ada, su prima, era una mujer vulgar, poco amiga de sentimentalismos y la trataba con cierta displicencia. Y no tuvo Jennie para el trance temeroso del primer alumbramiento una voz amiga que la consolase, que le diera ánimo, que le imprimiese fuerza y amor...

Jennie no la recriminó después por eso. Bastante hacía aquella mujer en ofrecerle su techo y su pan hasta tanto se arreglasen las cosas. Y ella procuraba mostrarse lo menos molesta, andar casi de puntillas, sufrir cuando la niñita lloraba, llenando aquella casa tan oscura con el dulce balido infantil.

Su familia, con excepción de la madre, había roto con ella. Cuando papá, el severo señor Gerhardt, se enteró de lo ocurrido, le escribió una carta diciendo que para él había muerto. Que jamás para nada

contase con su ayuda, que no querían saber más de ella. Y Jennie se sintió más sola por segunda y tercera vez, con una soledad que parecía ensancharse en su propia alma hasta verlo todo desierto. Mas por contraste con esa soledad, había creado un verdadero amor: la nena, la nena de su alma y de su vida, de ojitos que se miraban en sus ojos, de boquita sonriente y divina, entreabierta en delicioso movimiento. Vivir para ella, nada más que para ella. Renunciar a todo lo demás, ofrendar la vida para la otra vida suya, desdoblada de su ser, la de la niña. Madre buena y tiernísima, sola con su amor...

Había que trabajar, que ganarse la vida. Y Jennie comenzó su calvario de buscar colocación, de ir de una parte a otra de la ciudad, prosiguiendo el rastro de los anuncios, casi todos inaprovechables...

Con Ada leía todas las mañanas la prensa. Y aquel día, Jennie leía a su prima, que estaba tan deseosa como ella de que encontrase un empleo, para librarse del gasto que representaba su manutención:

Se necesita una sirvienta. Deben gustarle los niños y los perros. Debe saber guisar, coser, planchar...

—Y saber andar en bicicleta... Parece mentira que pidan tanta cosa. Y seguramente, para darte lue-

go una miserable soldada—comentó Ada.

—Lo más seguro, pero ¿qué hacer, si todo está tan mal? No, no me conviene. Quieren que duerma en la casa.

—Y...

—No puede ser. No podría ver a Vesta y yo no me separo de ella.

Continuando su busca, dijo:

—Aquí piden otra doncella. Eso será mejor. Podrá ir a dormir por la noche a su casa.

—Te convendría. No pierdas tiempo y corre a solicitarla.

—Voy al momento.

Y, después de arreglarse levemente—ya tenía de por sí el tipo fino, distinguido—, se dirigió hacia la dirección indicada en la prensa, una magnífica casa que denotaba sólo con el aspecto exterior, la riqueza de sus propietarios.

Expuestos los motivos de su visita, la recibió la señora, una mujer joven y elegantísima, Luisa Kane, hija de uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Orgullosa, un poco fría, escuchó a la criada, cuyo aire, selecto y serio, le agradó, sin embargo.

—¿Tiene usted informes?

—No.

—Entonces todo es inútil... No hablemos más. ¿Cómo creyó usted que podría emplearse sin referencias?

—No sé... pensé que me emplearía... Yo he sido siempre buena... Aprenderé pronto mis deberes. No creo que sea tan difícil.

—Eso le parece a usted.

Entró Lester Kane, el hermano de Luisa, muchacho de arrogante presencia, que contempló embobido a la solicitante, cuyo aspecto tan dulce, tan fino, le sedujo inmediatamente. Era Lester muy amigo de las mujeres y su fortuna le había permitido gozar de todas las aventuras más originales, aunque ninguna le dejara una huella en el alma.

—¿Qué quieras, Lester?—le dijo su hermana.

El se echó a reír.

—No quiero nada, Luisa. ¿Qué quieras darme tú?

—Siempre bromeando, Lester.

—Es lo mejor. ¡Ah!—dijo mirando fijamente a Jennie—. ¿Es tu nueva doncella, Luisa?

—No... Es sin duda una muchacha aceptable, pero sin experiencia.

Lester sonrió.

—Mejor para ella.

Jennie, que necesitaba trabajar, ganar para vivir, agradeció a aquel joven su intervención y suplicó:

—No tengo muchas pretensiones, señora. Deme usted lo que le parezca, hasta ver si le gusto.

—Es bien dispuesta.

—Esto es una ventaja... y te la recomiendo — agregó Lester.

—Bueno. La probaremos... Vaya por el uniforme y vuelva luego.

—Gracias, muchas gracias, miss Kane—dijo emocionada.

—¿Y a mí no me da las gracias?—indicó el hermano con cierta picardía.

La doncella se ruborizó.

—Sí, muchas gracias a usted, señor Kane.

Y salió de la estancia en compañía de otra criada, para vestir el uniforme y emprender el nuevo trabajo.

—Creo que has hecho una buena adquisición—dijo Lester.

—Veremos. Lo que parece es muy buena.

—Sí, muy buena... muy buena.

Y agregó en voz muy baja, casi para sí:

—Y... muy bonita.

Al siguiente día el señor Kane, archimillonario, hombre de negocios, se desayunaba con sus hijos Lester y Roberto, el mayor.

Hablaron, como siempre, de los asuntos que absorbían su vida, de las grandes empresas de las que era capitalista.

—Se habrá ya hecho público el contrato—decía Kane—. Las accio-

nes han subido. Es un excelente negocio.

—Verdaderamente, de los mejores que hemos hecho.

—Y ahora podremos abrir una oficina en Chicago.

Jennie, monísima con su traje negro y sus blancos bordados, suaves como la espuma, fué a servir el desayuno.

Lester, mirando con deleite a aquella mujercita, que tenía una dulzura especial, algo que sobresalía, que no era de la vulgaridad de las gentes de su ramo, le dijo:

—¿Cómo va eso?

—Bien, señor.

Y de pronto, Lester, viendo que, además del plato para su hermana, a la que estaban aguardando, había puesto otro, exclamó:

—¿Dos desayunos? ¿Para qué? ¿Es que se casó anoche mi hermana?

—No creo, señor—contestó Jennie finamente.

—Su padre le aclaró las cosas:

—¿No sabes? Letty va a venir.

Y acompañó sus palabras con un gesto picaresco, que no pareció hacer mucha gracia a su hijo.

—¿Otra vez?—dijo éste con voz disgustada.

—¿Te pesa? Pues Letty sería un excelente partido para ti. No debes olvidarlo.

—No quiero casarme con ella ni con nadie.

—Tonterías...

—Quiero vivir mi vida.

—La pierdes tortamente en aventuras que te desilusionan y te hacen perder la fe en las cosas serias e inmutables.... ¿Por qué no sientas la cabeza, como tu hermano Roberto?

—El nació con la cabeza sentada.

—Pues es mejor.

—No todos podemos ser románticos. Alguien tiene que ser práctico—dijo Roberto, temperamento cerebral, cerrado para el amor.

Y Roberto le miró con su aire de acostumbrada gravedad, de hombre que sólo ve el lado serio de la vida y no le interesa lo demás.

—¡Adiós, hombre práctico! —le contestó Lester riendo—. Quédate con tus cosas. Yo me voy arriba.

En tanto, había salido la doncella, la bonita Jennie, que en aquella casa, donde todo el mundo la trataba tan bien, se sentía a las mil maravillas. A todos les estaba infinitamente agradecida y, de un modo especial, al señorito Lester, que tanto había intercedido por ella y que la miraba de un modo...

Oyó Jennie que tocaban el timbre con la señal indicadora de que

la necesitaban a ella y se dirigió a una salita, donde se encontraba la señorita Luisa en compañía de otra bellísima criatura, visión tentadora de belleza y de lujo, amalgama de todas las cosas seductoras.

Jennie se la quedó mirando unos momentos, con el parpadeo de asombro que le causaba la riqueza.

—Dígame — indicó Luisa —. ¿Dónde está el señor Lester?

—Desayunándose en el comedor.

—Gracias.

—No hay de qué, señorita.

Y fué tan graciosa en su saludo, en su reverencia, natural, espontánea, como nacida impulsivamente, sin ninguna necesidad de artificio, que la visitante, que no era otra que Letty, la rica heredera, con la que querían casar a Lester, comentó con su amiga:

—Es muy simpática la doncella.

—Creo que es una buena adquisición.

—¿La eligió Lester?

—Lester tendrá defectos; pero no el de correr tras las sirvientas.

—Menos mal.

Y rieron las dos amigas, que sentían el íntimo deseo de un próximo casamiento que las hiciera de la misma familia.

Lester bajaba riendo, en tanto,

la gran escalinata, y se encontró en ella con la doncella Jennie, que, al verle, bajó los ojos y apresuró el paso, como si le temiera.

Sin explicarse todavía la causa, que no estaba más que en una leve iniciación, la turbaba el hijo del señor Kane. Era tan simpático, tan afable, miraba con tales ojos de pasión y de fuego, que Jennie sentía correr por sus venas como un inexplicable ardor.

Iba ella a pasar de largo cuando Lester, que desde que viera el día anterior a la doncella, había sentido en su ser el estremecimiento de una nueva pasión—era Lester pródigo en ellas, con la generosidad de una juventud que tenía una larga historia sentimental—, se le puso delante, impidiéndole proseguir su marcha.

—¿Por qué huye de mí?

—Si no huyo...

—Jennie, ¿dónde vive usted?

Muy dulce, confesó:

—En Lorris Street 1314.

—Quiero hablarle un momento,

—Magnífico. ¿Cuándo podré verla?

—No sé—balbució atormentada.

—¿Es que no debo?

—No puedo verle.

—¿Y por qué razón? Oigame, Jennie, escúcheme... Se lo diré de una vez.

Y bajando la voz confesó, mien-

tras apasionadamente apretaba uno de sus brazos:

—Usted me gusta.

La caricia se tornaba audaz al rodear la citura de la muchacha y pretender un abrazo.

Lester la quería, a su modo, con una pasión material, que anhelaba satisfacer como una necesidad inmediata. Pero al propio tiempo encontraba en aquella criatura algo que no era vulgar, que no era lo de todos los días, algo que tenía aromas de seducción, de selección, de superioridad.

—Usted me gusta — repitió—.

—Y yo a usted?

Jennie sufría. Una voz de su corazón, llena y hermosa, le dictaba una respuesta favorable. Ella no había amado nunca de veras a nadie. En su retiro de Ohio, nadie le había hablado jamás de que la pudieran querer. Unicamente el senador. Pero lo que la unió a él no fué amor, no fué ilusión, no fué siquiera pecado... Sólo la gratitud, únicamente el agradecimiento, sólo la visión del hermanito encarcelado y del padre sin trabajo la obligó a ceder... Y se hubiese casado con él, hubiera sacrificado su vida entera a los suyos... Mas de pronto, la catástrofe, la muerte, se presentó para destruirlo todo con su presencia. Se habían acabado las posibilidades de una felicidad

relativa; en lo sucesivo, tuvo que consagrarse al ser que había nacido de sus entrañas.

Sola con el amor de su hija, eso había querido hacer. Pero tenía que ocultar su maternidad ante la faz de un mundo que no perdona a una madre soltera... Y su vida habría de dar únicamente su reflejo a la vida que naciera de un encuentro pasivo, sin verdadera fe...

Escuchando a Lester, ella padecía, porque se daba cuenta de que su juventud, el grito del alma que quiere amar, se dejaba oír, atronadora y magnífica. ¡Queremos ser!, palpitaban en su espíritu las necesidades del amor... Pero el contraste de aquel anhelo era su deber de madre, la consagración hacia la hija, a la que debía sostener, alimentar, cuidar como el tesoro más bello.

—¿No me contesta? ¿Le gusto? — repetía Lester.

—No sé.

—Míreme. Quiero que me diga si me quiere. Yo, sí, mucho...

Y, maestro en el arte de la seducción, sus labios rubricaron sobre la boca femenina el hálito en flor de una caricia.

—Jennie, te quiero. ¿Mequieres tú?

Se oían pasos. Jennie, turbada, replicó con una voz muy débil:

—Sí.

Y desapareció rápidamente, mientras por los labios de Lester flotaba una sonrisa feliz y el hábito perfumado de la criatura blanca que olía a primavera...

* * *

Se había decidido aquella noche que irían todos al gran concierto de gala, pero Lester no parecía muy dispuesto a ello, aunque antes había dado su conformidad.

Era preciso aprovechar aquella ocasión en que todos estarían fuera para pasar un largo rato con la doncella, acompañarla a su casa, saber de su vida y vivir su amor.

Y cuando bajó a la habitación donde Luisa y Letty estaban ya elegantemente vestidas, con trajes de noche, dos figuritas estilizadas, dignas de los mejores modistas, se arrugó su entrecejo al verlas.

—¿No te vistes? —le preguntó la hermana—. El concierto comienza a las ocho y media.

—Es que no puedo ir...

Letty le miró con inquietud y por los ojos de Luisa pasó una sombra de tormenta.

—¿Que no puedes ir?

—Tengo que trabajar toda la noche. Lo siento, pero ya me dispensaréis.

Letty, a tiempo que se acariciaba las manos, en que las uñas bri-

llaban con un rosado de crepúsculo, murmuró:

—Buena excusa, Lester.

—No es excusa.

—A lo menos, es una falta de cortesía —indicó Luisa.

—Repito que lo siento mucho, Letty.

Luisa se había alejado nerviosa y Letty, ofendida en su amor propio, había dicho al joven:

—Lo comprendo perfectamente. Tu familia me quiere demasiado.

—No te entiendo.

—Quizá si no fuera así, tan intimamente amiga vuestra, tú me querías más...

—Alégrate de ello, Letty. Sería un mal marido.

—Habrá que verlo.

—Positivamente lo sé.

Había sentido por Lester una viva simpatía, compatible con un alma frívola y casquivana como la suya. Pero no quería aparecer humillada y se defendió bien.

—No importa. Ahora pienso irme al extranjero.

—Al extranjero?

—Sí; Franck Gerald va a Londres de agregado a la embajada. Y quedé en contestarle hoy si iría o no.

—Ya veo. Envidio a Gerald.

—¿Le envidias? Pues estaba en tu mano...

—No es eso. Le envidio, porque

hará carrera teniendo una esposa como tú.

—Gracias. Se lo diré.

Y salió despechada, mientras el joven sonreía, ávido de libertad...

* * *

Cuando Jennie se disponía a salir de la casa para regresar a la suya, como todas las noches, vió avanzar a Lester.

Apretó el paso, pero él la obligó a detenerse.

—No puedes seguir huyendo de mí. Tengo que hablarte.

—¿Para qué?

—Para muchas cosas. Déjame que te acompañe a casa.

Se estremeció Jennie. Su hogar, su niña... Iba a descubrirse que tenía una hija y ella quería evitar eso...

—No, no...

—¿Por qué? ¿Lo haces por tu familia? Pues bien, iremos a otra parte.

—No quiero ir a ninguna parte. Antes ella había detenido un coche, y Lester le dijo alegremente:

—Si no subes al coche, tendré que ponerte en él...

—Pero...

—Vamos. Iremos a una casita que tengo. Verás qué nido tan aco-gedor.

Ella tenía miedo, el miedo de lo

que consideraba inevitable. Pero subieron al coche, que les condujo a una casita de los alrededores de la ciudad.

Ya en ella, la muchacha se arrepintió de haber venido. Pero cuando quiso protestar y habló de que era preciso marcharse, se sintió estrechada por los brazos de Lester y oyó su voz, que le decía:

—¿Te gusta, Jennie?

Y, tras de darle un ardiente beso, la contempló con emoción.

¡Cómo latía el alma de aquella mujer! Se sentía hechizada por un misterioso amor que la llevaba hacia aquel hombre, mas tenía miedo, un miedo de graves complicaciones que habían de caer sobre su vida.

¿Por qué vino? ¿Por qué tan impensadamente se encontraba allí? Había querido evitar ir a su casa, donde estaba la hijita, no queriendo que Lester se enterara de su pasado. Pero ¿no sería peor el haber venido?

—Hice mal en venir —murmuró, a tiempo que contemplaba la habitación, vulgar, pero confortable.

—No digas tonterías. ¡Te quiero tanto! Es un placer estar contigo sin tener que esconderse de nadie. Mira. Vamos a divertirnos mucho. Haremos como si fuese nuestra casa.

Y entre caricias y besos que ella

aceptaba, tan pronto asustada como con dulce anhelo de amar, misteriosas reacciones de su vida anímica, vió cómo Lester preparaba un gramófono y hacía sonar una música de melódico ritmo.

Pero apenas habían tocado los primeros compases, se estremeció Jennie. Conocía, desgraciadamente, aquella música. La había oído algunas tardes, en aquel restaurante a que iba con el senador.

—Párala, por favor—suplicó.

—¿Qué pasa? — dijo sorprendido.

—No me gusta, no puedo sopor tar este vals.

—Este te gustará.

Otra música, lánguida, delicada, como una tonada italiana, de esas que adormecen el corazón y que se cantan en las barcarolas de Venecia y de Nápoles, a la luz de la luna, cómplice de toda ilusión de amor.

La música era cómplice también del instante. Lester acariciaba tiernamente a Jennie, que, presintiendo el peligro, lamentaba el haberse puesto a su sombra.

—¡Déjame!

—¿Por qué? ¿No nos queremos? Te quiero desde que te conocí. ¿No vas a ser buena, muy buena conmigo?

—No, Lester, déjame.

Casi lloraba, pero entre las lá-

grimas, los ojos dulzones tenían una lucecilla de amor.

—Te quiero—gimió él—. Eres mía.

—No, no...

Pero mientras la música seguía entonando la canzoneta de las locuras amorosas, tejían los besos unas guirnaldas de pasión y dos bocas se unían fuertemente y sin protesta ya...

Eran las diez.

Y después, cuando el reloj, grave, lento, de una vieja iglesia cercana, dió la media noche, Jennie se arregló ante el espejo.

—Tenemos que separarnos, Lester... Y para siempre.

Se daba cuenta de que había cometido una locura, impulsada por una fuerza avasalladora de atracción que había sentido hacia Lester. Pero la voz del deber, la voz del arrepentimiento que a todo pecado de amor sigue, se dejaba sentir dominadora.

Mas él intentó, con besos, cerrar sus escrúpulos. Hablaba con sinceridad, porque le parecía que no era una pasión más la que sentía por Jennie, sino algo refinado y nuevo que le había hecho ver un mundo de sensaciones ignotas, en las que ocupaba un lugar preferente una sencilla atracción espiritual.

—¿Separarnos? ¿Para qué? Te veré siempre.

—¡No, Lester, no! — dijo ella, acordándose de su hija, a la que se debía con toda su alma—. No es posible... no puede ser... aunque quisiera... Tú no lo sabes.

—Jennie. Tú me has dicho hace poco que me amabas. ¿Has cambiado de parecer?

Guardó silencio.

—No, ¿verdad?

Los hermosos ojos parecieron ce gar los de Lester con su luz. Su lucha entre madre y mujer parecía inclinarse hacia esto último.

—¿Me quieras, Lester? ¿Me quieres mucho?

—Con locura.

—¿De verdad?

—Te lo juro.

Y de repente, como ensombreciendo su dicha, una pregunta, rá pida, angustiosa, imprevista, cardo entre los rosales divinos de la gloria:

—Jennie... ¿soy yo el único que has amado?

Ella no mintió al responder:

—Sí, el único.

—¿De veras?

Lentamente repitió, pensando que lo de Brander no podía compararse a esto, entrega y donación voluntaria, pues lo otro había sido imperativo de necesidad:

—Tú eres el único que he amado... y el único que amaré.

—¡Jennie!

Y continuaron largas horas de la noche, con la repetición de aquellas palabras amorosas, de aquellas frases siempre renovadas, frescas e incansables, del inmenso ciclo del amor.

* * *

Se veían con frecuencia. Ya en el nido donde cobijaban las augus tas horas, ya en los parques de la ciudad, sintiendo la alegría de ser como dos novios, que huyen de miradas indiscretas.

Jennie había acallado la voz de su corazón. ¿Acaso hacía algún daño a su hijita Vesta al amar a Lester? Bien se daba cuenta de que el amor de él no era sin duda más que una de tantas aventuras de la juventud, cosa frecuente entre hombres, mientras para ella—caso repetido también de las mujeres— era algo fundamental en su existencia. Pero mientras la novela iba derramando su perfume, ¿por qué no aspirarlo y gozarlo en su plenitud?

Estaban alegres, con la alegría de sentir que se amaban más cada vez, con mayor intensidad que el día anterior... La época del cansancio no había llegado y probablemente estaban muy lejos de él...

Se habían sentado un atardecer en un banco de una de las alamedas del parque, tan propicias a los

ensueños. Contemplaban sonrientes el intento de conquista de cierto muchacho que se había sentado al lado de una joven que leía apasionadamente un libro, conquista fraca- casada de modo lastimoso y que terminó invitándole ella a levantarse, bajo la amenaza de avisar a un guardia.

—No todos tienen tu suerte — dijo Jennie, riendo.

—Lo que no tienen es mi técnica.

—¿Tu técnica?

—Sí.

—¿Qué habrías hecho tú con cualquier chica?

—Tanto como cualquiera...

—La mayoría...

—¿Quieres que te lo demuestre?

—A ver... Me va a gustar como lo haces.

—Mira... Tú estarás sola en el banco. Voy a demostrarlo cómo se conquista a una mujer.

—Veamos.

Sonriente y deseoso de mostrar sus dotes de don Juan, indicó:

—Te lo haré bien difícil... Tú figurarás ser una muchacha muy rica y yo un haragán.

—Soy rica.

Y adquirió el aire de una señorita desocupada que ha ido a leer su novela blanca bajo el silencio de los álamos.

—¡Riquísima! Estás descansan-

do. Ningún hombre te ha dicho nada. ¿Quieres que empiece?

—Sí.

—Vas a ver.

Alzó las solapas de la americana, se hundió el sombrero hasta los ojos, adquiriendo en sus modales el aire de un desocupado permanente.

Sentóse al lado de Jennie, que le miraba sin poder contener la risa y dijo ahuecando la voz:

—¿Cuándo comió usted?

—¿Yo? — contestó sorprendida por la pregunta.

—Sí. ¡Ayúdeme! Tengo hambre.

Pero Jennie sabía hacer su papel y defenderse con gracia:

—No le creo.

—Necesito dinero.

—Si se lo diese, se lo gastaría en bebida.

—Sí; eso haría. Pero ¿abre usted el monedero o no?

—Tome usted.

Y puso una moneda en sus manos.

—¿Sólo un níquel?

Con gran desparpajo, contestó:

—No vale usted más.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo figuro.

—¿No sabe que soy un poeta en desgracia? Tal vez no hallará nunca otro como yo.

—Aquí tiene usted diez céntimos más y váyase.

—Gracias.

—Devuélvame el níquel.

—No quiero.

—Pues quede usted con Dios.

Y se levantó, pero Lester, siguiendo acertadamente su papel de pedigüeño, prosiguió:

—No se vaya tan pronto, hermana...

Ella no se amilanaba y quería salir triunfante.

—Lo que usted quiere, es conversar.

—Eso es. Deseo conversación, pero nadie habla mi idioma.

—Y en mí ve usted un alma afín, ¿no?

—Sí. Un alma hermosa.

—No me gustan los poetas. Adiós.

—No se vaya.

—Déjeme.

Le rechazó con fingida violencia, en el instante en que pasaba un guardia. Y Jennie, deseosa de divertirse y de dar mayor carácter de realidad a la farsa, se encaró con el policía:

—Guardia, este hombre me molesta... Haga el favor de...

—Conque la molesta, ¿eh? Ya se está usted largando de aquí.

—Aguarde.

El agente, hombre de pocos amigos, cogió a Lester por un brazo.

—Márchese de aquí.

—Pero si es una broma...

—Una broma, ¿eh? La cárcel es

también una broma... Reiremos todos.

Y a empujones le apartó de allí, a pesar de sus protestas, mientras Jennie se sorprendía por el giro inesperado que tomaban los acontecimientos.

—Espere un momento, guardia. Le aseguro que estábamos bromeando...

—No lo creo.

—Le daré mi nombre. Soy Lester Kane, de las Fábricas Kane.

Como por ensalmo, el guardia, enemigo de crearse odios, cesó en su actitud.

—¡Ah, entonces... usted perdone!

Y se marchó, encogiéndose de hombros, pensando en lo desquiciada que estaba la sociedad.

Lester fué de nuevo al encuentro de su amiga, que se reía de buena gana por las derivaciones de la bromita, pero después, entre besos y caricias, se reconciliaron y volvieron a casa con mayor amor...

* * *

Había pasado bastante tiempo... Nadie en casa de los Kane se había enterado de los clandestinos amores de Lester con la doncella. Seguían reuniéndose los dos en la casita de él, entregándose con un delirio cre-

ciente a sus embriagueces sentimentales.

Se sentía ella saturada de cariño hacia el mozo que había despertado su primer amor. Le quería con toda su alma, con todo el fervor de su corazón, con un amor cuya posibilidad de perderlo le producía escalofríos. Su vida lo tenía ya todo. Una hija para sus satisfacciones de madre, una hija cuya existencia había ocultado, sin embargo, a los ojos de Lester, temerosa de que la dejara al enterarse de su pasado; un enamorado de veras, leal y generoso, para sus ansias de mujer.

Y para Lester, la aventura, frágil a primera vista, se convertía en algo permanente. No era una mujer más, cuyo recuerdo se desvanece al ser sustituida por otra. A cada momento encontraba nuevos motivos de simpatía y de atracción hacia aquella criatura que parecía una gran señora y tenía, a pesar de su origen humilde, una insuperable elegancia espiritual. Era fina, de amable conversación y en el amor sabía poner esas notas de alma sin las cuales todo tiene una fragilidad de cristal.

La creación de una gran fábrica en Chicago le obligaba a ir a instalarse a aquella ciudad, al frente de los nuevos negocios. Se le abría

un gran porvenir y no podía desdenar esa oportunidad única.

Pero a Chicago no quería ir solo, sino con ella... Y Jennie se resistía, temerosa de dar aquel paso definitivo en su vida, que iba a romper la clandestinidad por la publicidad más descarada y manifiesta.

Aquella tarde, Lester hablaba con su hermano Roberto sobre las nuevas empresas.

—A ver cómo te portarás en Chicago. Si de una vez sientas la cabeza y dejas de ser quien eres, para convertirte en el hombre de provecho que deberías ser.

—Muy intrincado, pero lo comprendo bien. ¿Y cuándo nos vamos?

—Pero ¿no has leído el contrato? Ahora mismo.

—Ahora, no... Será mañana... Tengo que atender un asunto importante—respondió con el pensamiento puesto en Jennie, a la que era preciso advertir a tiempo.

—Hubiera sido mejor hoy, pero esperaremos a que estés listo.

Por la noche, Jennie, en casa de su prima, expuso a ésta los temores de su corazón y como las cosas se complicaban y era inminente resolverlas.

—¿Qué haré, Ada? Lester quiere llevarme a Chicago con él.

—Tómate con calma—replicó la prima.

—¡Le quiero tanto! Y si no me voy con él, no le volveré a ver... presiento que lo perderé.

—¿Te ama él?

Bajó los ojos. Creía que sí... pero los hombres son tan especiales... ¿No llaman también amor a una simple satisfacción material que dejaba un momentáneo rastro de humo?

—No lo sé.

—Pero...

—Creo que sí.

—¿Sabe lo de la niña?

—No me atrevo.

—Es mejor que se lo digas.

—No puedo. — replicó con angustia—. Me dijo que si sabía que había amado a otro, me dejaría.

—Sí... sí... pero... suponte que quiera casarse ¿qué harás?

Jennie guardó breve silencio. En su alma había aparecido una negativa rotunda, definitiva, clarísima.

No, aquel amor no era de los que terminaban en boda. Ella no se hacía ilusiones sobre este particular. Tal vez Lester la quisiera de veras, pero de ello a hacerla su esposa, mediaba un abismo imposible de salvar. Las conveniencias sociales, la desigualdad de posición, todo ello eran insuperables obstáculos...

Tristemente, con el convencimiento de que nunca podría aspirar a tanto, sino conformarse con

aquel amor oculto y feliz en su intimidad, respondió;

—No se casará conmigo.

—¿Por qué?

—Por muchas razones... ¿Quién se casaría conmigo?... Me necesita y yo le quiero... Pero casarse conmigo, una muchacha soltera con una hija... ¿Te das cuenta?... No puede ser... no puede ser... Pero sería muy desgraciada.

—Entonces, si le amas de veras ve con él... No serías feliz de otra manera.

Jennie dirigió los ojos hacia la niñita dormida y murmuró con triste acento:

—¿Y Vesta? No puede ir conmigo y yo no quiero tampoco dejarla. La amo demasiado para separarme de ella.

Ada era muy buena; lo estaba demostrando cada vez más.

—Oye, Jennie, Chicago es una ciudad muy grande... Allí habrá lugar para la nena y para mí también.

—¿Eso harás, Ada? ¡Oh, querida mía!

Y se confundieron en un tierno abrazo de gratitud, pues aquella resolución de su prima allanaba los obstáculos. Irían todos a Chicago y sería casi como ahora; también Jennie sin que Lester lo supiera pasaría largas horas con su hija.

Vesta entró en el cuarto con los

brazos extendidos, la carita hecha un ovillo de sonrisas, los ojos un relámpago de viva y alegre luz.

—Mamá... mamita!

—Vesta... mi niña.

Permanecieron un momento fundidas en un abrazo.

Vesta miró a su madre y preguntó con una ingenuidad deliciosa:

—¿Eres tú mi mamá de veras?

—Sí, prenda... Vaya una pregunta... ¿Por qué lo dices?

—Porque no estás siempre conmigo...

—Por Dios... Si vengo aquí todos los días...

—Johnnie, la vecinita que viene a jugar conmigo, dice que las más de veras están con sus niñas día y noche.

—Johnnie no sabe lo que dice.

Y mamá se emocionaba ante aquella ingenuidad infantil.

—Está bien, mamá.

—Y tú cuídala siempre bien, Ada, ¿verdad?

Ada abrazó a su sobrinita.

—Sí, Jennie... Las dos nos llevamos muy bien ¿verdad preciosa?

—Sí, títa.

Jennie abrazó otra vez a la pequeña.

—Dame un beso y a cenar antes de que se enfrié.

La nena desapareció hacia el comedor y Jennie comentó con tristeza:

—Tienes razón, Ada. Debí decírselo a Lester. Ahora me será muy difícil...

—Cierto. Ahora la niña comienza a hacer preguntas... ¿y cómo justificar quién es Lester?

—Es verdad... Pero tengo que contárselo todo... No hay otro remedio... Tendré que ir y decirle: "Te he engañado".

—No tienes por qué apurarte. Si Lester te quiere, se hará cargo de las cosas y te perdonará. Todo saldrá bien.

Vesta seguía llamando a mamá.

—A cenar, mamita, a cenar...

Y fueron las dos primas al comedor y siguiendo hablando de lo que constituía la única preocupación de Jennie, algo que no se arrancaba de su mente ni de su corazón.

Llevaba ya bastante tiempo en Chicago... Lester, además del piso en que celebraba sus entrevistas con su amiga, tenía un cuarto en el hotel. De este modo evitaba comentarios y que las gentes se enterasen de su amor y especialmente que llegara a los oídos de su familia.

Todos los días iba al lujoso hotel nada más que a recoger la correspondencia. Ni siquiera subía a la

S O L A C O N

habitación, limitándose a recoger el correo en la conserjería.

Invariablemente preguntábale el conserje todos los días:

—¿Quiere la llave, señor?

—No, voy a subir — respondía de modo invariable.

Y después de recoger su correspondencia, se marchaba con aire aburrido, melancólico.

—¿Por qué tendrá cuarto aquí? comentó el conserje con un compañero.

—Para tener una dirección respetable — respondió el otro, sonriente.

—Me gustaría conocerla...

—Debe ser encantadora.

—¡Ah, ojalá fuese yo rico!

Y quedaron comentando con nostalgia la suerte de algunas personas.

Enretanto, Lester llegaba al lujoso domicilio donde tenía instalada a su amiguita, magnífica casa en la que no faltaba ningún detalle de refinamiento ni de seducción.

Lester, introducido por la doncella, llamó al cuarto donde se arreglaba su amiga.

—Aguarda un momento, Lester.

Al fin, abrió la puerta y Jennie apareció radiante y hermosa como nunca.

La besó en los labios con apasionamiento y la dijo:

—¿Por qué tanta espera, chiquilla?

S U A M O R

Se echó a reir.

—¿No notas algo distinto en mí, Lester?

—¿Algo diferente? Déjame ver. El mismo cabello, los mismos ojos, la misma nariz, la misma boca...

—Ah! ¿Vestido nuevo? — añadió fijándose en el hermoso traje que llevaba y que aun no le había visto nunca.

—Lo adivinaste... Me gusta ponerte elegante cuando tú vienes. Si no fuese por ti...

—Me gusta verte bonita, Jen- nie...

—Ya lo sé... ¿Y qué? ¿Andas muy ocupado, Lester? ¿Vienes ahora de la oficina?

—No. Estuve un rato en el Club...

—En el Club siguen murmurando?

—De algo tienen que hablar.

—Es que aquí también murmuraban... Creía la vecina que vivía sola... y cuando se ha enterado de que tú vienes a verme por las noches, me ha devuelto todo lo que le presté y no quiere saber nada de mí...

Lester frunció el ceño.

—No sabía que te desdeñaran así, pobrecita mía...

La quería de veras y lamentaba cualquier humillación de que la hiciesen víctima. En el fondo de su conciencia habló por primera vez una voz remota que le decía

que para evitar todo aquello, era preferible hacerla su mujer. Pero rechazó esta voz con melancolía. Un fondo de orgullo, tal vez más fuerte que el amor, anidaba en su corazón.

—No me importa — respondió ella con dignidad.

—Eres valiente.

—No lo soy. Es porque tequiero.

Y se abrazó a él con lágrimas en los ojos. Le amaba con toda su vida, con todo el aliento de su alma. Por él estaba en Chicago, habiendo roto definitivamente con sus familiares, alarmados por el escandaloso proceder.

Su amor lo compartía con el de su hija, que vivía con Ada en otra casa de la ciudad y a la que veía muchos días, cada vez con mayores transportes de embriagador cariño. ¡Oh! si pudieran vivir juntos los dos amores, en una comunión íntima y deliciosa... ¿Pero iba a tolerar Lester aquel nebuloso pasado?

Bien ajeno a los pensamientos que siempre la atormentaban, Lester la propuso muy amable:

—¿Vámonos a cenar al Blackstone?

—¿No encontraremos amigos tuyos?

—¿Qué más da?

—¿De veras quieres salir?

—¿Y tú?

—Preferiría quedarme en casa.

—Pues aquí nos quedaremos.

Pasaron una velada deliciosa, truncada brutalmente por una inesperada visita.

La doncella anunció que una señora deseaba ver al señor Lester, y éste y Jennie, extrañados por aquella visita femenina, fueron al salón, quedando estupefactos al ver a Luisa Kane, la hermana de Lester.

Lester, asombrado, no pudo articular palabra, mientras Jennie, más dueña de si misma, se dirigía hacia su antigua señora brindándole la mano.

—¿Cómo está usted?

—Cuando le preguntén hablará — respondió con una altivez aristocrática y volviéndole la espalda. — Lester, quiero hablar contigo... a solas.

Sofocada, Jennie adclantó unos pasos hacia la puerta. Pero Lester la detuvo con un ademán.

—No te vayas...

—Será mejor que me marche.

Y desapareció rápidamente, con el corazón herido por aquellas nuevas complicaciones absurdas.

Quedaron frente a frente los dos hermanos. Luisa, desdeñosa y altiva, él furioso e indignado de que vinieran a exigirle cuenta de una



—Venimos por la ropa, señor.



—Es usted tan joven y... tan bonita.



—Me gusta verte elegante cuando tú vienes.



—Mi padre está disgustado porque sólo hemos ganado seis millones.



—Eres valiente.



—Quiero decir que... nos casaremos.



—¿Quién es, mamá?



—Tal vez tengas que arrepentirte.



Jennie volvía a ser feliz...



—No sé cómo te he querido.



—¿No me crees?



—Me aflige verte sufrir.

conducta de la que era el único responsable.

Paseó Luisa una mirada insultante por la casa donde se adivinaban los mil detalles de una mano cuidadosa de mujer.

—De modo que aquí te escondes, ¿eh?

—No me escondo de nadie.

—Lo que haces es una vergüenza para la familia.

—¿Por qué?

—Todo el mundo critica.

—Qué hablen, que critiquen... No hago caso de la fiera humana.

Con marcado gesto de humillación, de rebajamiento, ella prosiguió:

—Si no se tratase de una sirvienta, aún podría pasar... pero... eso...

Lester tuvo que contenerse para no arrojarse sobre su hermana.

—Hazme el favor de salir de aquí. Nadie te ha pedido consejo.

—Quizás algún día te acuerdes de mis palabras. ¡Adiós!

Salió retadora, con dignidad de aristócrata herida en lo más íntimo, mientras Lester, furioso, cerraba con furor la puerta e iba a consolar a Jennie que lloraba quedamente en un rincón de su cuarto...

Fracasada la gestión de Luisa, no por eso los Kane dejaron abandonado el asunto: lo que llamaban

el rescate de la dignidad y del prestigio de su hijo, manchados por el sensualismo de una mujer de la calle.

Su padre le llamó a su lado y le recibió en su despacho con el aire más enérgico y duro que de costumbre.

—Me he enterado de tu conducta. No quiero entrar ahora en detalles que me avergonzarían. Lo sé todo... Sólo debo decirte una cosa. Tienes que dejarla... Parece mentira que hayas llegado a esto... ¿Y para qué? ¡Bah! ¡Qué asco!... Para amar a una sirviente que sabe Dios cuántos amantes habrá tenido.

Se irguió Lester con indignación pegando un fuerte golpe contra el cristal de la mesa.

—Esto es mentira.

—¡Verdad!

—Mentira... Soy el único. Es digna del mayor respeto...

—¡Farsante! Conozco eso... Si fuera digna de ti, ya te habrías casado... Busca tu dinero, pero no lo tendrá... Es lo único que ella quiere...

—Todo falso... ¡Qué mal la conoces!

—Exijo que tomes una determinación. Déjala o acepta las consecuencias.

—No.

—Te doy seis meses de tiempo.

—Yo también a ti.

—Yo nunca cambio.

—Ni yo.

Y no queriendo atender más razones el severo padre, dió por terminada la entrevista y aquella misma tarde regresó a Chicago convencido de la necesidad de adoptar nuevas determinaciones en orden de aquel estado de cosas.

Cuando fué a ver a Jennie — a la que amaba más y más cada día; — quiso ocultarle los verdaderos términos de la entrevista. Jennie estaba inquieta, adivinando con fina prespicacia de mujer, que habían tratado de ella.

—Mi padre está disgustado porque sólo hemos ganado seis millones — explicó con aire taciturno.

Una sombra de incredulidad pasó por los ojos femeninos.

—¿Y por eso quería verte?

—Sí.

—¿Para eso sólo?

La mirada punzante, interrogadora, hirió a Lester, quien después de encender nerviosamente un cigarrillo, explicó:

—No podemos seguir así, Jennie.

Ella palideció.

—¿Quieres decir que vas a dejarme?

Le acarició la mano con verdadero amor.

—Todo lo contrario, Jennie. Quiero decir que nos casaremos.

—¿Casarnos?

Lester estaba decidido. Las palabras de su padre le habían hecho tomar aquella determinación... ¡Al diablo la distancia de los orígenes, de las desigualdades sociales! Amaba a aquella mujer; iba a darle su nombre, como ya le había consagrado su vida.

—Sí... Debimos haberlo hecho hace ya tiempo... He sido un egoísta. No quiero perderte... Mañana iremos por la licencia... Y les probaremos a todos que eres tan buena como ellos...

Jennie meditaba. Su alma se sentía inundada de una íntima y dulce satisfacción. Aquello era su triunfo, la consagración de su amor, la alegría de verse elevada de la categoría simple de amante a la de esposa, a la compañera que mandan Dios y la ley... Pero... al propio tiempo pasaban ante ella ciertas sombras que turbaban la armonía clara de aquella luminosa entrevista.

Distraídamente jugaba con una hermosa muñeca que pertenecía a su hijita... Acariciándola se acordaba de ella, cuya existencia Lester ignoraba.

Lester observó la emoción con que miraba la muñeca y preguntó:

—¿De dónde sale esto?

Como un suspiro, como si soñase aún, respondió:

—Ella la dejó aquí.

—¿Quién es ella?

Comprendió Jennie que había hablado demasiado y se apresuró a aclarar:

—Una chiquilla que a veces viene aquí a jugar conmigo.

Pero hablaba con tanta quietud, tenían sus palabras tal temblor de espanto, que Lester frunció el ceño, adivinando algún secreto, algo sorprendente y nuevo

—No sabes mentir, Jennie...

—¿Yo?

El sudor empapaba sus sienes. Una angustia y una turbación intensísimas la invadían.

—¿Qué te pasa?

Jennie cruzó las manos como una dolorosa; sus ojos se empañaron de lágrimas, iba a dejar hablar su corazón... En aquel momento en que Lester le había dado aquella inmensa prueba de confianza y de amor al proponer su casamiento ella no podía mentir, ella no debía dejar que la sombra de un pasado se proyectase en sus vidas...

—Quiero decirte una cosa, Lester...

La escuchaba con emoción, temeroso de alguna mala noticia.

—¿Qué? ¿Qué es?

—Tengo una niña.

Y no bajó esta vez los ojos re-

negando de su maternidad; sino que miró, frente a frente, con amrosa efusión, al hombre que amaba.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—La verdad — repuso ya más dueña de si misma, dejando escapar lentamente su secreto. — Toda la verdad. Y esta muñeca es suya... Mi hija viene cuando tú no estás.

No salía Lester de su estupefacción, de su sorpresa, sintiendo en su alma un dolor profundo... Este secreto parecía hundir de una manera rápida, repentina y definitiva, aquel ídolo en su corazón... ¡Una hija su Jennie! Es decir, un pasado que él no conocía, la intromisión de un hombre que la había amado hasta el fin. Oleadas de indignación asomaron a sus pupilas.

—¿Dónde está? — murmuró con voz ronca.

—Vive con una prima mía. Voy a verla casi cada día.

—¿Cuándo la trajiste?

—A poco de llegar yo.

—Y me la ocultabas...

—Debí decírtelo... antes...

—No te creo.

—Créeme. No te lo dije antes por no perderte...

Se había serenado; su alma limpia de culpa en aquel respecto no le temía a Lester. Pero éste sentíase a cada momento más desconfiado, observando que, como un abis-

mo, aquel maldito pasado parecía separarle de la mujer.

—¡Mientes! —dijo, indignado.

—Me habrías dejado... Y yo te amo tanto, Lester... No quería perderte. Y por este temor callé.

Pero Lester se levantó rechazando lejos de sí a aquella mujer que él había creído siempre suya, sin que jamás ningún hombre hubiera intervenido en su vida y que de pronto descubría con horror que tenía una hija, fruto seguramente de amores inconfesables y turbulentos.

Su voz resonó cruel, furiosa:

—¿A cuántos has dicho lo mismo?

Ella le miró con dolor.

—A ninguno.

—¿Ni al padre de tu hija?

—Ni a él.

—Mientes... Me has engañado.

—No... no... Fué antes de conocerte... Mucho antes.

—Quiero saber quién es.

Y le apretó el brazo como si fuera a rompérselo. Transida de angustia, pero sin bajar la mirada, ella confesó, porque quería dejar su alma al desnudo, al calor de la verdad:

—Fué el senador Brander.

—¿Brander?

—Venía de Wáshington para ca-

sarse conmigo cuando murió en una catástrofe ferroviaria.

Una sonrisa de incredulidad flotaba por los labios de Lester.

—¡Entiendo!

—Era muy bueno...

—De modo que antes de conocerte, ¿no? No te creo, no te creo una sola palabra.

Jennie le miró con amargura, con la pena que causa toda injusticia, todo dolor que no merecemos. Pensó que ya todo era irreparable y que no volverían a ser uno para el otro lo que fueron. Y habló con un acento sincero, en que vibraba la nobleza:

—Ya sé que todo ha concluído, pero no quiero que me odies. Era muy joven. Voy a explicarte lo ocurrido... la verdad... Una vez...

Pero él abrió la puerta y cubriéndose rápidamente con el sombrero, pronunció estas palabras duras, implacables:

—No me interesan tus historias. Adiós, me voy al club.

—Lester...

Ya él se había marchado con la brusca indignación del hombre que se considera burlado.

—Lester... Lester...

No la oía, y ella se dejó caer en el sillón, acariciando la muñeca de

su hija y preguntándose por qué Lester era tan injusto, por qué la había comprendido tan mal...

* * *

Lester volvió al hotel.

—La llave.

Por primera vez dormía en su cuarto después de tantos meses de tener alquilada la habitación. Por primera vez iba a pasar una noche sin la grata compañía.

Y los conserjes comentaron:

—Habrá reñido con ella.

—Por lo menos, así parece.

Lester cenó en su habitación y se acostó rápidamente. Dolorosos pensamientos le atormentaban; un intenso dolor de cabeza le apretaba las sienes como si le fuesen a estallar. Aquel pasado de Jennie le enloquecía. La idea de una hija, de una vida anterior a la suya en la vida de Jennie, le trastornaba, destruía todo el sistema organizado de su existencia.

Y lloró, lloró hasta el amanecer, preguntándose a veces si no había sido demasiado duro con ella, si ella merecía aquel trato, si no habría hecho mal en no dejarla explicar.

—Le conocí antes de conocerte a ti...

¡Quizás si la hubiese dejado hablar, las cosas se hubiesen arreglado! Porque él no podía ser dueño del pasado de Jennie... Mas, ¿por qué ella se lo había ocultado? ¿No era esto una demostración de su responsabilidad? Y en esta duda fué debatiéndose su alma hasta caer en una fatiga dolorosa, trágica...

Pasaron varios días, varias semanas...

En la pena que le causaba aquella separación, el único lenitivo que encontraba Jennie era su hija con la que pasaba largas horas y que ahora venía a verla con frecuencia y hasta se pasaba muchos días con ella.

Aquella tarde Ada y Vesta estaban en casa de Jennie, alma de mujer que ya sólo vibraba por la maternidad y por el amor perdido.

De pronto alguien abrió la puerta del recibidor. Tembló Jennie pensando que sólo él tenía esta llave como en otros tiempos. Levantóse estrechando contra su corazón a su hija. Y un hombre, Lester, más pálido, más envejecido que antes, estaba ante la puerta con una honda melancolía en el mirar.

Se miraron fijamente, con una

curiosidad en la que vagaba el interés.

Vesta, la niña, con su aire de deliciosa ingenua, preguntó:

—¿Quién es, mamá?

Ella le dió un beso y dijo a Ada, que se hallaba también muy aturdida:

—Llévate a la niña, Ada.

—Sí, Jennie.

Desaparecieron las dos, y Lester siguió con los ojos a la pequeñita en la que había visto retratado el perfil delicado de Jennie. Y una oleada de emoción, de extraño y desconocido amor, palpitó por sus venas.

Jennie habló primera, sobria y grave:

—No esperaba que volvieras.

—Yo tampoco — repuso lentamente el enamorado —, pero hay entre los dos algo difícil de romper... Y... no tengo fuerzas para romperlo... ¿Y tú?

En pocas palabras había expresado la situación de su ánimo, la necesidad de ella, la vuelta hacia la casa de la amada, sin la que le era imposible vivir.

Jennie se sentía contagiada de la misma emoción.

—Tampoco yo mientras me ne-

cesites. ¿Me has perdonado, Lester?

Y le acarició con ternura. Pero él, con cierta brusquedad de niño mimado, repuso:

—No se trata de perdonar. No puedo vivir sin ti... La vida es como es... y no podemos mandar sobre ella... ¿Qué quieras? Esa niña tuya me recordará siempre algo terrible... pero yo no puedo separarme de ti porque...

Apagó sus palabras un beso de Jennie.

—Oye, Lester. Una vez me dijiste tú que ya era tuya, ¿recuerdas?

—Sí...

—Ahora veo que era cierto...

—Y yo te quiero también, como ayer y como siempre...

—¿Vivirá la niña con nosotros?

—Vivirá... si túquieres.

—Gracias, mi bien...

Y se besaron con inmenso apasionamiento, como si nada hubiese ocurrido y otra vez la existencia fuese a tomar su ritmo normal...

Vivirían juntos. Lester no había vuelto a hablar a Jennie de su propósito matrimonial. Tras lo ocurri-

do era preferible que las cosas continuasen como estaban...

Jennie volvía a ser feliz, con una doble felicidad de tener juntos al amigo adorado y a la niña de su corazón.

Aquella mañana Jennie daba instrucciones a su hijita para que se portase bien con Lester, al que, para justificar su personalidad, le había dicho que era su tío.

—No le molestes haciéndole preguntas — le indicaba —. Y no tomes nada de la mesa sin pedirlo.

—¡Qué pesados son los tíos! — comentó la chiquilla, dándole un beso.

Poco después la niña se ponía a desayunar y Jennie iba a avisar a Lester que la mesa estaba ya servida.

Entró Lester en el comedor y la pequeñita, como si temiera a ese hombre, siempre serio y silencioso con ella, salió rápidamente de la habitación, dejando sin terminar su desayuno.

El la vió salir y murmuró con un gesto hosco:

—Sé que tampoco le soy muy simpático.

—No digas eso, Lester. Es porque es tímida, pero la niña te adora.

—Sabe disimular su adoración.

—Voy a buscarla... Verás.

—Me da lo mismo.

Volvió al cabo de breves momentos con Vesta, que, con la perspicacia y la clarividencia de algunos niños, parecía adivinar cierta incompatibilidad entre ella y aquel tío que miraba de reojo.

Al principio no se dijeron palabra, observándose con curiosidad y con cierta hostilidad mal encubierta. A la niña le desagradaba la presencia de aquel hombre hosco, triste, y tampoco a Lester le hacía excesiva gracia aquella criatura, que era imagen viviente de algo que hubiera querido no saber nunca.

—Da esto a tío Lester — indicó Jennie, amablemente.

La niña, lista como una ardilla, respondió:

—¿Y por qué es mi tío?

—No seas preguntona — dijo Jennie un poco inquieta mirando a Lester, que adoptaba una actitud desdenosa.

La nena insistía:

—Si eres mi tío, ¿dónde está mi tía?

—No preguntes más. Toma la leche, Vesta.

—Quiero tres terrones.

—Te harán daño.

—Pero tío Lester se los pone...

Rió Lester por primera vez, vendido por el encanto de la niña, y murmuró ya con una brusquedad fingida:

—A mí no me importa.

Callaron un momento. Lester iba sintiéndose, sin querer, seducido por el encanto singular que emanaba de aquella criatura tan linda. Y la niña parecía también observar con menos enojo que antes a aquel tío improvisado, que había conocido al fin.

—Eres malo—dijo con su picardía peculiar—. Me gusta ser mala. ¿Y tú?

—También. Es muy divertido.

La idea de que tío Lester fuese travieso impresionó favorablemente a la niña, quien continuó muy alborozada:

—Mira si soy mala que ayer me comí el queso de la ratonera... ¿Has hecho nada tan malo?

Lester se complacía con aquella conversación, como si la ingenuidad de la pequeña aplacase el dolor de que estaba poseído.

—Sí, muy malo — agregó—. Cuando era aún como tú puse un puñado de tachuelas debajo de...

—¡Por Dios, calla!—indicó Jennie, contenta de que se estableciese

entre ellos una buena relación—. Bastantes diabluras se le han ocurrido para que le cuentes más...

—No importa otra...

—Sí, tío Lester, cuéntame...

Y la chiquilla iba ya sintiendo por aquel hombre una afectuosa simpatía, algo que la congraciaba con él y que le permitía pensar que en lo sucesivo iban a ser amigos de veras.

En cuanto a Jennie, una íntima complacencia anidaba en su corazón. Ya habían desaparecido todos los obstáculos. Lester volvía a ser suyo, con la fuerza del amor que une y atrae irresistiblemente, y conocía además a la pequeñita, y no sólo la toleraba sino que acabarían siendo como miembros de una propia familia, rendidos por el perfume del mismo amor.

Entró una doncella anunciando que llamaban por teléfono al señor Lester.

—El señor Roberto Kane en el teléfono.

—Mi hermano. ¿Qué querrá?

Jennie se estremeció. La intervención de aquella familia parecía hacerle presentir amargas cosas... ¿Qué querría aquel hermano severo que no concedía ningún valor a lo sentimental y romántico?

Lester fué nervioso al aparato. Su hermano le llamaba desde el hotel.

—¿Cuándo llegaste?—le preguntó.

—Hace poco. Me conviene verte.

—¿Hay algo importante?

—Sí.

—Nos veremos en la oficina.

—No tardes.

—Voy ahora mismo.

Jennie le miraba con temor. El le dijo para tranquilizarla:

—No te asustes. Volveré pronto.

—Vienen a separarte de mí.

—Aunque todo el mundo se lo propusiera, no podrían conseguirlo.

—¿De verdad?

—Te lo prometo.

Y le dió un beso, de amante de corazón, que lo abandonará todo antes que dejar lo que adora. No, no. Por encima de todas las cosas de la tierra estaba aquella incomparable criatura.

Iba a marcharse cuando Vesta le cogió por un brazo.

—Tío Lester. Cuéntame tu historia. ¿Dónde pusiste las tachuelas?

—Luego te lo diré.

—No te olvides, tío Lester.

—De ningún modo.

Y, levantando en brazos a la niña, la besó cariñosamente con un

beso que tenía mucho de paternal.

¡Cuán injusto había sido con Jennie! ¿Qué culpa tenía ella de todo lo sucedido...? En lo sucesivo, iba a vivir más y más entregado a los dos, a la niña inocente y a la mujer adorada...

¡Ah. su entrevista con Roberto! Adivinaba una nueva serie de dificultades, de conflictos, pero él estaba dispuesto a arrostrarlo todo en aras de aquel amor... Todo en absoluto... La quería con un cariño en que el espíritu tenía tanto brillo como la simple atracción física...

* * *

Frente a frente los dos hermanos se observaban con recelo, como vigilando sus movimientos, prontos a contestar a las razones con razones de peso mayor.

Roberto estuvo al principio afectuoso, hablando en los amables términos que quieren convencer y decidir...

—Papá ha sido muy tolerante... pero... han pasado varios meses y aun espera tu contestación.

Lester respondió con brusquedad:

—Yo espero aún la suya.

—Debías conocerle mejor. El no cederá nunca. Tiene además la ra-

zón de su parte... Tú eres quien debe raciocinar.

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Dejar a esa mujer... o si no...

Irguióse Lester como si se hubiera sentido ofendido en lo más sagrado de su alma al oír hablar en tono despectivo de Jennie.

—¿Es esto un ultimátum?

—Ya ves. Me ha ordenado que te lo diga así. O dejas a Jennie o abandonas tu cargo y pierdes además la parte de herencia que te corresponda. No juegues con papá, Lester... Piensa que hará lo que dice. Está completamente decidido a ello... ¿Por una mujer, cuya conducta no es este el momento oportuno de calificar, vas a perder tu cargo de director, tu porvenir, la riqueza que pueda corresponderte un día?... ¿Te das cuenta?

Le había escuchado con ira mal contenida. De no tratarse de su hermano le hubiera hecho arrojar de allí por los criados. Pero detuvo su indignación y se limitó a responder, con una serenidad inquebrantable:

—¡Oyeme bien! Papá se cree sin duda que soy un chiquillo y se equivoca. Soy dueño de mí, de mis acciones, de mi vida, de mis actos todos. Viviré como quiera y no dejaré a Jennie para darle gusto a él...

Dile que renuncio a todo, que no quiero nada, que se quede con el dinero, que es suyo, pero que me deje los sentimientos de mi alma que son míos nada más. ¿Te vas enterando?

—Piénsalo bien, Lester... Tal vez tengas que arrepentirte.

—No hablemos más.

Marchó Roberto, comprendiendo lo ciego que estaba Lester por aquella mujer, con una ceguera que le hacía dejar lo cierto por lo imprevisto y tal vez inconsistente. Pero Lester quedó con el alma presa de dulce alivio, como si al romper todos los lazos que le unían a su familia, pudiera dedicarse con una intensidad mayor al que era el único amor de su vida.

No, no le importaba que su padre le desheredara ni que perdiese su situación. Por fortuna, él tenía aún bastante dinero de la parte que le había correspondido en sus beneficios.

Aquella misma noche tomó una determinación y fué a ver a Jennie, que le esperaba con la impaciencia de todas las enamoradas cuando no están seguras de que el amor que les profesan tenga visos de eternidad.

La besó apasionadamente, como hacía siempre, y le dijo:

—¿Sabes lo que desearía, Jennie?

—El qué?

—Iremos lejos de aquí.

Ella parpadeó, sin comprender.

—Lejos?

—Sí. Nos iremos al extranjero, viajaremos. París, Italia, Viena... verás qué hermoso... Pero ¿qué tienes? ¿No te gusta?

Ya lo creo que le agradaba aquel viaje que iba a hacer desfilar por sus ojos los más hermosos panoramas de la tierra. Pero una pregunta surgió de sus labios:

—Sí... sí... pero... ¿y Vesta?

—La dejaremos aquí con Ada. Más tarde podríamos llamarlas.

—¿Llamarlas? Tu padre no te lo permitiría.

—Deja tranquilo a mi padre. Es capaz de pagarme para que me vaya.

—No entiendo... ¿Habéis reñido acaso?

—¿Reñido?... Por poco nos peleamos... mira tú...

—¿Por culpa mía?

Y aquella alma ingenua que era Jennie estaba a punto de romper en sollozos al pensar en el nuevo conflicto planteado.

El comprendió ese dolor y lo admiró en silencio, respetuosamente.

Pero quiso desvanecer toda sombra de intranquilidad, quiso que aquel viaje a Europa fuera sólo triunfal y sin temores.

—Tienes unas ocurrencias...

—Dices de marchar...

—Claro, pero por motivos menos románticos. Papá cree que soy demasiado radical en los negocios... y en vista de ello he renunciado al cargo de director.

Ella, dudaba, extrañada de aquel acto.

—¿Cómo? ¿Después de haber trabajado y sacrificado tanto por la compañía?

—No me importa—gritó furioso.

—Estoy harto de todo. De tanto chisme y escándalo. Creo que me irá bien el marcharme de aquí.

Jennie reaccionó, no tenía otra voluntad que aquel hombre.

—Haré lo que tú quieras. Tú lo sabes.

—Gracias, Jennie. Así me gustas...

Y algunos días después embarcaban para Europa.

* * *

Meses de viajar, de vagar sin rumbo exacto, sin que en ninguna parte les esperase nada concreto,

nada sorprendente, nada que no dependiera de ellos mismos, sino al azar, a la voluntad de los demás... Todo era tan cómodo, tan plano, tan monótono aun...

Recorrieron París, Londres, Viena, Roma, ciudades inmortales, cada una con su fisonomía propia, pero todas, al fin, una vez conocidas, casi iguales. Teatros, hoteles, cabarets, fiestas, bailes... igual... igual en todos los lugares. Sonrisas, egoísmos, intereses... Todo igual...

A Jennie le deslumbraba, no obstante, aquel recorrido por las ciudades europeas, añorando sólo a la hijita de su corazón, que seguía allá en la tierra nativa... Mujer al fin, las modas, las grandes recepciones de los modistas, los bailes, el desfile de la elegancia, la visita a las tiendas y almaneces lujosos, todo ello era refinamiento para su espíritu y perspectivas de una vida de felicidad que no se acababa nunca. Eso y el amor de Lester, aparte del de Vesta... Vivir así era saborear cada día el vino dulce de los dioses...

Pero Lester pensaba de otra manera. Amar únicamente, exclusivamente, no lo es todo en la vida. La necesidad de amar es extraordinaria, es hasta fundamental, quizás de-

cisiva, pero no única para ninguna existencia. Al lado estaban los otros elementos que dan los diferentes matices para hacer más bello el goce de vivir. Como para Jennie el complemento del amor eran los viajes y los tes y las exhibiciones de maniquíes, para Lester, aquel complemento se había cifrado siempre en los negocios, en esa fiebre activa y nerviosa de las luchas bursátiles, de las guerras de los números, en las complicaciones de los valores al jugarlos en alza o en baja, en las compras y ventas atrevidas que hacían tambalearse empresas o elevarlas de pronto a las categorías más extraordinarias. Esto había sido su vida de Chicago. Para su parte sentimental, Jennie; para su vida cerebral, el despacho, la actividad, la lucha franca y silenciosa contra los competidores, los balances fabulosos, las ganancias inverosímiles, la audacia genial de las grandes adquisiciones. Y, de todo eso último, no tenía ya nada. Al lado de su vida de amor no figuraban ninguno de aquellos resortes de energía y voluntad que constituyeran su fuerza... Tenía que acompañar a Jennie a los tes, a las tiendas, a los teatros, a los bailes, pero nada de eso llenaba esa complicada madeja que

es la vida de todo hombre cultivado... Y poco a poco, sin darse cuenta, iba sintiéndose saturado de monotonía, de cierta nostalgia de su pasado, de un cansancio y un descaimiento producido por una influencia negativa: su falta de actividad... Iba distrayéndose y al encontrar aburrida su vida, de una manera casi automática, comenzaba a encontrar repetido y monótono su amor. Además sus caudales disminuían, y temía pronto que la pobreza llamase a sus puertas.

Hallándose en una ciudad italiana, en la Venecia romántica de todos los enamorados, cuando el amor no es un hecho que ha pasado sino que estamos viviendo su influjo, su poder y su fuerza, iba acentuándose esa sensación de cansancio moral, de tedio y aburrimiento de una vida en la que faltaba el dinamismo...

En el hotel, sentados uno frente al otro, escuchaban la plañidera canción de un remero que desde su góndola entonaba una canzoneta de empalagoso amor.

Lester no pudo más. Todo le caía encima con una melancolía aterradora.

—¡Qué lata, qué pesada es esta canción! —murmuró.

Jennie, siempre atenta a las palpitations de aquella vida que quizás le interesaba más que la suya, le dijo, queriendo darle siempre la alegría de renovarse:

—Iremos a otra parte si aquí no te gusta.

—¿Adónde? El mundo es pequeño al fin y al cabo. Hemos recorrido toda Europa... ¿y qué?

Jennie se estremeció. Vió perfilarse tras aquella aparición del aburrimiento, el desamor.

—¿Te cansan estas vacaciones? —preguntó temerosa.

—No me disgustan. Pero lo malo es que no estoy acostumbrado a estar ociosos...

—Hiciste mal en dejar el negocio de tu padre.

—Quizás.

Y guardaron silencio los dos, atormentados ambos por melancólicos pensamientos. El con el convencimiento absoluto de que sin los negocios la vida le parecía desprovista de fundamento; ella con la amargura de constatar que no se había equivocado, que había puesto el dedo en la llaga, y, en realidad, Lester se aburría, inmovilizado por una existencia desprovista de interés.

* * *

Allá, en Cincinnati, llegaban de vez en cuando por medios indirectos, por los agentes que los Kane tenían en Europa, noticias de los ausentes.

—¡Pasear a esa mujer por toda Europa! —decía el padre—. ¡Eso es destruir su vida!

Letty, la antigua enamorada de Lester, que se había casado con el diplomático y enviudado ya, había ido a visitar a los Kane y se interesaba por aquella cabeza loca del hijo menor, al que seguía profesando una verdadera devoción.

—Lástima que sea tan testarudo —dijo.

—Se parece a mí —dijo Kane.

—Quizás sea mejor —añadió Roberto—. Lester no es gran cosa para los negocios.

Pero el padre, a pesar de su severidad, no dejaba de ser justiciero, de poner cada una de las cosas en su punto, y protestó:

—¿Qué sabes tú?... Es el mejor director que hemos tenido.

—¡Bah!

—Mejor que tú, para que te enteres...

Letty iba a marchar a Europa, y dijo:

—En caso de que me tropiece con Lester, ¿qué quiere usted que le diga, señor Kane?

—Dígale... dígale usted que es un loco... pero... Y que si ha comprendido al fin que esa mujer no le pude dar la felicidad, en mi casa volveré a admitirle como director.

—Ya se lo diré.

Y tan exactamente cumplió aquella promesa que semanas después, en un restaurante de París, a cuya ciudad se habían trasladado Lester y Jennie, huyendo otra vez del tedio insoportable, Letty, que seguía los pasos del joven, al que confiaba en volver a cazar para sí, supo hacerse maravillosamente la encontrada con él.

Sintió Lester una vivísima alegría al ver a aquella mujer, rubia, enlutada, bellísima, que le trajo, sin saber por qué, un aire de juventud, de novedad, que ya consideraba perdido. Amando aún a Jennie deseaba un círculo de vida mayor, y aquella criatura le traía la fragancia de su ciudad natal y de su vida antigua.

Muy coqueta, muy apasionada, intentando deslumbrarlo con su mirada luminosa y magnífica, ella habló suavemente:

—Eres un loco... por todo lo que

has hecho... Tú lo sabes, Lester. Te portas como un niño...

—Pero me divierto —replicó, no queriendo demostrar arrepentimiento por su conducta.

—Tienes cara de ello.

Y la ironía fué tan honda que Lester se estremeció. ¿Es que se le conocía lo desolado que estaba?

—Bebes demasiado y permites que se te atrofie el cerebro —continuó ella.

—¡Bah! ¡Para lo que sirve el cerebro!

—Eres imposible. No sé cómo te he querido...

Y bajando la voz, le dijo con palabra cálida, ardiente, luminosa que estremeció a Lester más de curiosidad, de hechizo de un amor nuevo, que de verdadera pasión.

—Ni sé por qué te quiero.

—¿De veras?

Se sentía orgulloso y sonreía casi feliz. La fragilidad humana es una insaciable eterna de curiosidades. Tras un amor del que se conocen ya hasta los más recónditos matices, el nacimiento de otro amor que puede ser completamente distinto del que se va, puede trastornar la imaginación de un hombre apasionado o que se encuentre en la plenitud de todo hastío...

Llegó en aquel instante Jennie y frunció el ceño al ver a Lester con una mujer elegante y fastuosa. Y su nerviosidad creció de pronto al reconocer en la visitante a aquella amiga de los Kane, a aquella Letty que había pretendido en otro tiempo a Lester.

Ambas mujeres se saludaron con una cortesía de buen tono en la que se ocultaba la frialdad.

Jennie le preguntó a Letty con inquietud:

—¿Sabía que estuvimos aquí?

—Sí. Ayer llegué. Ví a Lester por casualidad. Usted comprenderá mi sorpresa y hasta mi emoción. Una no se olvida de los buenos amigos... No te había visto, Lester, desde hace... desde hace...

—Desde hace un siglo —dijo él, sonriente.

—Sí. Desde aquella noche, hace seis años, que estabas tan ocupado.

Y miró a Jennie como si sintiera un placer malévolos en evocar aquel tiempo viejo en que aquella criatura no era más que una humilde sirvienta.

Jennie no pareció recoger la alusión y siguió mirando a Lester como preocupada exclusivamente de él.

Y la viajera continuó su relato:
—Desde entonces ha cambiado el color del cabello y he sido soltera, casada y viuda... Pero hay cosas que no cambian. Tú sigues tan buen mozo, Lester.

—Y tú tan hermosa, Letty.

—Gracias por el piropo.

Jennie, inquieta por la luz alegría que tenía el mirar de Lester, una luz que hacía ya tiempo había desaparecido de sus ojos, comentó un poco despechada:

—Estás muy contento hoy.

—¿Qué quieres? Somos viejos amigos y es natural.

—Eso no debe a usted disgustarla—dijo Letty con un aire de superioridad que ofendía—. Por cierto, Jennie, que en seis años ha mejorado usted notablemente... Es usted muy hermosa. ¡Ah, ahora comprendo por qué te has vuelto tan romántico, Lester! ¡Mira que abandonar lo todo por un amor!

—¿Qué quiere usted decir?

—Mira que consentir en reñir con tu padre, en que te expulsara de su fábrica y en quedarte sin un céntimo... porque tú debes estar casi ya sin un céntimo, ¿no?

Así era en efecto, aunque Lester no había querido decir nada de su

situación económica, que comenzaba a ser deprimente, a Jennie.

Jennie había escuchado con espanto a la viuda.

—No entiendo bien—murmuró.

—Entonces ¿es que por mi culpa el señor Kane le ha desheredado?

—Pero ¿no lo sabía usted? Le ha expulsado de todos los negocios. Por eso decía yo que era romántico un amor que todo lo sacrifica y lo rinde a su culto.

A Jennie se le abría un mundo desconocido, ignorado... ¡Oh, aquel sacrificio! Lester nunca se lo había dicho, Lester nunca le había hablado de que por ella había renunciado a todo, a la protección absoluta de su familia, quizás para siempre a la riqueza.

Se levantó, se sentía indispuesta ante aquel descubrimiento que a su corazón indicaba un rumbo nuevo.

—Con su permiso... Me siento un poco fatigada...

Lester se levantó a su vez. Lamentaba que Jennie hubiera descubierto la verdad.

—Voy a acompañarla—dijo—. Ya nos veremos más tarde, Letty.

Y Letty quedó sola saboreando un cigarrillo turco y pensando sin saber por qué en que quizás Lester fuera un día para ella...

Jennie meditaba. El sacrificio de Lester en aras del amor, el haberlo abandonado todo, el haber renunciado incluso a las ventajas de la herencia, convirtiéndose en un ser pobre que tendría que ganarse la vida, todo para mantenerse fiel a la mujer amada, la llenaba de una emoción tan intensa, de una gratitud tan profunda, que sólo hubiera llorado, pensando que ella era demasiado poquita cosa para el sacrificio del porvenir, de la posición y de la carrera de un hombre.

Hay amores que están hechos de renuncias, de donaciones, de holocaustos, de sacrificios. Jennie amaba de aquella manera. Su gratitud para con Lester era inmortal al ver cómo él la había elevado del humilde rango de criada al de la compañera por la que a todo se renuncia y se abandona... Pero Jennie se consideraba indigna, en su modestia, de una obra igual. Y había en su corazón un ansia fatal, una inclinación invencible a sacrificarse a su vez, a no tolerar por más tiempo aquel estado de cosas que apartaban a su amado del rumbo de la riqueza.

Y al ver entrar en su habitación

a Lester, que estaba nervioso por lo acaecido, le interrogó melancólicamente:

—¿Por qué no me lo dijiste?

El, a quien la presencia de Letty le había hecho sentir con más fuerza la nostalgia de los tiempos pasados y de aquella febril actividad en que había vivido y que contrastaba con su monótona quietud actual, respondió:

—Para no afligirte.

—¡Oh, Lester!... Si yo hubiese sabido que lo perdías todo por mí... yo no hubiese...

—No te preocupes—contestó—. Habría sido lo mismo.

—¿Fué porque me querías que no me lo dijiste?

—Eso es.

Se le adivinaba distraído como si un pensamiento superior mandara sobre las otras directrices amorosas. Ella, acostumbrada a pulsar aquella alma y sentir hasta sus repercusiones más leves, le preguntó con angustia:

—¿Me amas aún?

Se estremeció. No pudo contestar con rapidez. ¿Amarla? Y por primera vez dudó si su fuerza de amor era tan avasalladora como antes o siguiendo el curso trágico de toda cosa sujeta a la evolución, habíase

iniciado su declive, bajo el influjo de otro amor nuevo y de la nostalgia de los negocios, que imprimen un fuego de juventud también...

—¿Por qué no?—se limitó a responder en voz queda.

—¿Me engañas?

—No, mujer...

—¿Tanto como antes?... ¿Tanto?

Y tuvo él que desviar sus ojos de una mirada que descubría la intimidad de sus pensamientos.

Su voz tembló al responder:

—Por supuesto.

—¡A ver, dímelo!

Lester estaba cada vez más nervioso. ¡Ah! Sus palabras no tenían ya la franca declaración de lo espontáneo, de lo verdaderamente bello, sino el artificio de lo que se calcula y mide.

—¡Te amo!—replicó.

Pero aquella frase careció de vigor, de la energía fecunda de aquel amor de otros días, pleno y magnífico.

Jennie movió la cabeza, dubitativa.

—¿Qué? ¿No estás contenta?—siguió preguntando él, la permanencia de cuyos sentimientos hacia Jennie no acababa de adivinar.

No contestó.

—¿No me crees?

Jennie le miró. Una mirada triste, vaga, apasionada aún, pero llena de la melancolía de los ocasos.

—Conmigo ya no eres feliz...

—Lo soy.

—No como antes...

—Pero, Jennie...

Especialmente desde que vinimos a Europa... Además, hace un momento has encontrado a esa mujer... y... y te ha trastornado.

—¡Tontina! ¿Vas a tener celos?

—Debías casarte con ella... quizás con ella serías más dichoso.

—Por favor. No digas tonterías.

Se indignaba al escuchar aquellas palabras, pero a veces le parecía que quizás tenía razón.

Jennie tenía un aire de resignación admirable, de mujer que sacrifica su felicidad para que el amado no pierda su porvenir. Porque ¿qué le esperaba viviendo con ella? Tal vez pronto la pobreza, el desaliento de una vida en descenso tras de haber conocido las cumbres de la abundancia... ¡Ella no podía consentirlo!... Mientras creyó que Lester era feliz y que podría volver cuando quisiera a su gran negocio, le pareció que no le robaba nada de su vida... pero ahora... pensaba que no tenía derecho a mantenerlo a su lado, si ello había de ser la causa

de su ruina material, de su rompimiento definitivo con sus familiares.

de su estudio. Y tal vez lo de ahora lo había meditado ya mucho en íntimo coloquio con su vida interior.

—Veo que no te decides. Y me toca a mí ser razonable.

—Razonable... ¿Qué quieres decir?

—Que te voy a dejar.

—¿Dejarme? Tú estás un poco trastornada, Jennie. Estás enferma.

Pero ella, serena, magnífica, contestó:

—Nunca había visto tan claro...

—Entonces, ¿es que no me quieres ya más?

—¡Te amaré siempre, mi bien!

Y le besó.

—Pues...

—Pero acuérdate de una cosa. Un día te dije que estaría contigo mientras me necesitaras...

—Sí.

—Ya no me necesitas, Lester.

—No digas esto.

—Es la pura verdad, Lester. No puedo ser un obstáculo en tu vida. Quiero que seas libre.

Y tras aquellas palabras pronunciadas con un tono de serenidad, Jennie salió de la habitación, dejando a Lester con la desorientación melancólica de una actitud que no acababa de definir del todo...

* * *

Jennie había supuesto toda la verdad, la había adivinado. Y días después ellos se separaron, amigos aun, de mutuo acuerdo, pero convencidos de que la vida iba a apartarles para siempre.

Jennie volvía con su hija. No quería ser ningún estorbo para su amigo, para el hombre adorado, que, estaba segura, se había ya cansado de su amor. Le devolvía la libertad con un gesto sólo capaz de ser comprendido por las almas grandes. De lejos, en silencio, seguiría su vida, pero sin intervenir en su ruta.

De este modo, dejándole libre, él podría regresar con los suyos, ocupar otra vez el cargo de director de la fábrica, sentir de nuevo el prestigio de su apellido Kane. Y Jennie pensaba también que, quizás él amaba ahora a otra mujer, a aquella Letty, criatura de su clase, bien vista por la familia y que podría prometerle una felicidad a toda luz, sin esconderse de nada, mientras que ella debía ser amada entre las sombras...

Durante algunos días, Lester vivió como aturdido ante aquella separación. La conciencia le remordía, negros pensamientos le ator-

mentaban acusándole por su conducta. ¡Pobre Jennie! La seguía queriendo, pero bien comprendía él que estando a su lado no conseguiría jamás la antigua dirección de los negocios. Se le cerrarían todas las puertas, se le vedarían los grandes cargos, se haría sentir contra él la influencia desfavorable de la familia, empeñada en aislarle para que se convenciera de su equivocación.

Además, estaba la otra, Letty, a la que le unían muchos años de conocimiento y de amistad, Letty, que se presentaba con el prestigio de la viuda joven y bella que ha corrido mundo y tiene el aire cansado y adorable de la que busca un amor en que reposar... Se mostraba tan encantadora, tan seductora, que a su lado iba olvidándose de todo con la fuerza que apaga todas las cosas de ayer, que tiene toda pasión nueva y magnífica.

Realmente lo de Jennie había sido una aventura bonita, pero, ¿una aventura puede durar toda la vida? Ya no. Le convenía volver a su vivir de hombre de negocios y su casamiento con Letty, fascinadora, irresistible, le congraciaría con los suyos, abriéndole otra vez las puertas de la verdadera actividad.

Antes de marchar mandó a Jennie una carta, llena de emoción, escrita con verdadera sinceridad.

No creas que pretenda olvidarte. Siempre os tendré a ti y a Vesta en el corazón. Si algo se te ofrece no dejes de llamarme. Dirígete a mi oficina de Chicago.

Lester.

Jennie besó mil veces aquella carta, la leyó otras mil y rindió al amado el recuerdo de todos sus pensamientos.

¡Qué sola se encontraba; qué sola se encontraría aunque estuviera con su misma hija! Pero acallaría el dolor de esa soledad. Amaba hasta el sacrificio y deseaba para Lester jornadas triunfales. Que ella no fuera piedrecita en el camino del amado, sino flor oculta y humilde que perfuma al caminante y que al embriagarse con sus olores no sabe siquiera donde está la flor...

* * *

Ya Jennie y su hija estaban en Chicago. Vivían modestamente de lo que ganaba Jennie con fatigosa labor de aguja.

Los primeros tiempos fueron terribles para Jennie, especialmente

cuando leía en la prensa noticias sobre el hombre en el que había cifrado todas las ilusiones de su amor. Por los ecos de sociedad supo que Lester había contraído matrimonio con aquella Letty Page, cuya presencia había sido decisiva en su vida. Después, otro día, que se hallaban en el Japón, en viaje de bodas.

Lloró mucho, con esas lágrimas que no tienen esperanza, que no consuela nadie, porque nadie, o apenas nadie, sabe comprender un verdadero dolor moral.

Ahora sí que estaba sola, sola con su hijita que algunas veces preguntaba por el tío Lester, tan travieso y tan malo.

—Algún día volverá — la engañaba.

Pero estaba segura de que no regresaría nunca. Ya estaban para siempre separados. Cada uno a su manera. El a vivir para el mañana, ella para el ayer. Y cada día que pasaba aumentaba esa distancia espiritual, pues él se entregaba con mayor ahínco a los negocios que le abrían rutas insospechadas de riqueza, y ella, en cambio, se recluía más y más, como caracol en su concha, en las jornadas inolvidables

de aquel pasado que no tendría su renacimiento.

Sola con su hija... su único amor. Y así fueron pasando los meses, los años y hasta los lustros. Y así Jennie había dejado de ser la mujer joven y admirable para convertirse en la señora ya otoñal, cuyos cabellos comienzan a clarear en las sienes y en cuyos ojos las bolsas de una próxima vejez marcan su aparición. Y Vesta, la criatura pequeña, era ya una adolescente ideal, cuyas curvas comenzaban a pronunciarse con el fuego de una juventud que iba a estallar triunfalmente.

Vivir, avanzar, rodar. El mundo marchaba. Y Jennie había abierto un álbum de recuerdos. En él iba colecciónando los recortes de periódicos que hablaban de Lester Kane convertido poco a poco al impulso de su actividad y de su talento en una gran potencia industrial. Muchas veces aparecía retratado en los periódicos, presidiendo comisiones económicas, saliendo luego para Europa para asistir a una conferencia de orden financiero, delegado como miembro oficial de su país. Otras veces entre las primeras firmas del mundo tras de haber constituido una sociedad gigantesca. El, siempre él, para el que no en vano

pasaban los años, pues en los retratos aparecía un poco más viejo, con el cabello cano y el abanico de las arrugas en el rostro.

¡Le amaba tanto y a escondidas de su hija le besaba con tanto amor! Una vez estuvo en el muelle entre el gentío que despedía a un transatlántico y entre cuyos pasajeros se encontraba él. Le vió sin que él se fijase que una pobre mujer, modesta y abatida, había ido exclusivamente para admirarle. Las lágrimas caían de sus ojos... Sólo cuando el barco estuvo ya lejos, sin que Lester la pudiera ver, ella agitó los brazos en un desesperado adiós.

No tenía celos de Letty; su amor no sabía de odios.

Y el tiempo volaba. Y ya en casa la niña se había convertido en otra mujer, en una mujer adorable, lindísima, con todas las inquietudes y todas las preguntas ávidas de curiosidad de las adolescentes.

En la escuela superior donde Vesta cursaba sus estudios ella había sido elegida reina de la fiesta musical y literaria que se celebraba como fin de curso.

Y Jennie estaba atareada preparando con su hija el traje que ésta debía lucir en la ceremonia.

¡Qué orgullosa estaba de su niña! De todo su pasado, esto era lo permanente y eterno; lo que no acaba ni conoce el miedo de la traición.

—¡Nunca había hecho un traje con más gusto que éste! —dijo Jennie—. ¡Y qué bien te está!

—Es precioso, mamá.

—Y algún día te haré el traje de bodas.

Sonrió la muchachita pensando en un galán que la venía cortejando suavemente, un estudiante universitario. Pero él era muy joven... y no estaba aún en edad de casamiento.

—Dime, mamá — exclamó de pronto—. Si amases mucho a alguien, ¿le esperarías durante cinco años?

Jennie sonrió.

—¿Se trata de Jimmy esta vez?

—No es Jimmy —dijo ruborizándose—. No me refiero a nadie en particular.

—Yo te diré. Cuando el hombre con quien quieras casarte se presente, no me pedirás consejo, ni a mí ni a nadie. Le esperarás cinco años... o toda la vida.

Sonrió Vesta, pensando que mamá sabía comprenderla bien. Lo

mismo que ella decía, pasaba en su corazón.

Al día siguiente se celebró la gran fiesta en el colegio, pero en ella hubo un epílogo que nadie hubiera podido imaginar. Algo trágico, espantoso.

Vesta había sido proclamada reina de la fiesta y cuando ponía el pie en el estrado presidencial para recibir de las autoridades la distinción, resbaló de una manera inesperada, perdió el equilibrio y vino a rodar de cabeza por la escalera de mármol, dándose un terrible golpe en las sienes.

Sonó un alarido y un grito unánime de la multitud sobre cogida. Jennie corrió a levantar a su hija en cuyo rostro había sangre.

Se llevaron entre varias personas, impresionadas por el terrible accidente, a Vesta a la dirección y la tendieron sobre un diván. La pobre muchacha había perdido el conocimiento.

Llegó un médico, quien examinó rápidamente la herida, confirmando su gravedad. Era preciso operarla.

La trasladaron a la clínica ya casi de noche. Jennie, abrumada, dolorida, se paseaba de un lado a otro junto al quirófano donde la cien-

cia luchaba para defender la vida de una mujer joven, caída bajo la fatalidad.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuánto tarda el médico!

Las enfermeras procuraban calmara, pero ella estaba en un estado de espantosa excitación.

Y así pasó largo tiempo, durante el cual Jennie, como imbuida por una idea misteriosa, se acordó de Lester. ¡Oh!, ¿por qué no avisarle lo que estaba pasando? El quería mucho a Vesta. ¡Cómo lo sentiría! Y le mandó un recado comunicándole la desgracia.

¡Cuántas horas pasó de incertidumbre, contemplando la puerta de cristales tras la que su hija debía vencer a la muerte!

Al fin al amanecer salieron unos médicos con sus batas blancas y el aspecto pensativo de hombres vencidos en la contienda del dolor.

Ella adivinó, no tuvo que esforzarse mucho para comprender. ¡Su hija, su sangre, su vida, su ser, la sustancia de su alma, lo único que le quedaba, ya no existía! Y lanzó un terrible alarido de madre herida a quien arrancan la última ilusión de vivir.

—Señora, he hecho lo que he podido... lo que hemos podido, pero

inútilmente—explicó el médico con emoción.

—¡Dios mío! ¡No, no es verdad! ¡Mi hija, mi hija no ha muerto! Sí, me engañáis... me engañáis. Dejadme. ¡No ha muerto! ¡No ha muerto!

Se precipitó como una loca hacia el quirófano y cayó a los pies de Vesta, palidez, inmovilidad, serenidad ya para siempre.

—¡Vesta, Vesta! ¡No me dejes, vida mía! ¡No me dejes! ¡No me dejes!

Y llenaba de besos el rostro de marfil, blanco, pálido, helado, con la frialdad de lo que no es...

Alguna enfermera pasaba apriosa y se enjugaba una lágrima. ¡Lágrimas en la clínica! ¡Pero es tan difícil no llorar cuando una madre llora desesperada al ver las juguetes del destino y al observar cómo no se mueve ni sonríe ni vibra ya el rostro que fué juventud y esperanza y porvenir!...

* * *

Lester, caballero impecable, había ido a ver a Jennie, la mujercita que le había dado antaño tanta felicidad y por la que sentía tan profundo agradecimiento.

No la olvidaba nunca y aquella desgracia le había afectado profundamente. ¡Pobre Vesta, cuán triste su destino!

Los dos se miraron en silencio hasta que ella rompió a llorar, con el corazón partido en pedazos.

Adoraba con locura a Lester y éste, ya con otras preocupaciones y en un plan de vida distinto, guardaba para su antigua amiguita una veneración amable, un recuerdo cariñoso, un amor apacible, del que había desaparecido la fiebre de la pasión convirtiéndose en una adoración espiritual.

—Siento no haber estado aquí—le dijo—. Lo siento mucho.

—Gracias por haber venido, Lester. Hice mal en avisarte, ¡pero tenía tanto miedo y estaba tan sola!

El le dijo con sinceridad:

—Me alegro que pensases en mí. Dime, mujercita, ¿por qué nunca has querido que te ayude? Tú sabes que te lo dije...

—Lo sé, pero nunca necesité ayuda. Trabajé, viví sin lujos, pero viví. Trabajaba con gusto para ganarme la vida... y la de Vesta.

—¿Y qué piensas hacer ahora?

—No lo he pensado todavía.

—Si me necesitas, siempre estaré a tu disposición.

—Nadie puede ayudarme, Lester, más que yo misma. ¡Nos queríamos tanto Vesta y yo! Tendré que acostumbrarme a estar sin ella. Pero no te apures por mí. Pronto me sentiré bien.

—¡Pobrecita Jennie! La misma de siempre... Siempre dispuesta a afrontarlo todo.

Se levantó. Era ya tarde. Los malditos negocios, las juntas y los consejos de administración que absorbían todos sus instantes le reclamaban una vez más.

¡Qué madeja tan enrevesada la vida! Ahora ya sería imposible volver atrás, como antaño.

Jennie se contentaba con haberle visto allí, con saber que aun se acordaba de ella.

—Deseo que seas feliz—le dijo.

—No tengo mucho tiempo para serlo. Créeme. Adiós, Jennie, Mas, antes de marcharme, ¿no quieres besarme como en otros tiempos?

—Sí.

Se besaron con un beso casto, puro, suave, de verdadero amor que no les trastornaba físicamente, sino con el alma.

Ella aspiró aquella caricia, caricia que ya no era más que una vaga remembranza de otros tiempos.

—Gracias, Lester. Y ahora, vete ya.

Salió él, pálido de emoción, y Jennie quedó con los ojos cerrados, con el alma henchida por el recuerdo de dos amores perdidos; el uno al que había tenido que renunciar con un sacrificio sin límites; el otro el de su hija, que le había quitado la muerte en una de sus piruetas insensatas.

Ahora quedaba sola con los recuerdos, sola con su perdida felicidad.

Pasaron más años. No volvieron a verse. Ella trabajaba en bordados. El, Lester, ocupaba uno de los primeros cargos en las finanzas de la nación.

Era archimillonario, vivía en un maravilloso palacio, preocupado exclusivamente de sus negocios. Letty no le había dado hijos y se había convertido en una de esas mujeres que sólo viven para los tés y las fiestas, muñeca de salón, preocupada únicamente de divertirse...

Lester la dejaba que viviera, convencido de que sólo un amor superficial le unía a ella. El verdadero amor lo había sentido por Jennie.

Jennie seguía en los periódicos, que muchas veces se ocupaban de la vida de Lester, el rastro de éste.

Y ya no sólo en la prensa, sino en los noticiarios cinematográficos aparecía el famoso financiero, autoridad económica en todo el país. Y Jennie iba a los salones donde se proyectaba el noticiario en que él aparecía celebrando una entrevista con varios periodistas antes de partir para Europa. Y desde su butaca, en la fuerte oscuridad, al verle en la luminosa pantalla, Jennie lloraba y parecía rezar... Había ido muchas veces, muchas a verle. ¡Le quería tanto... con tal veneración, con tanta unción religiosa! Le quería como a Vesta, los dos ídolos de su vida rota.

Pero un día corrió por la prensa una noticia dolorosa. El famoso Lester había regresado muy enfermo de Europa. Y Jennie se emocionó y rezó mucho para que la salud volviera pronto al hombre al que había amado, al que no podía dejar de amar.

Cada día buscaba con afán los diarios. Pero muchos días la prensa no hablaba de ello y Jennie se disgustaba. ¿Pero es qué había algo más interesante en el mundo que la salud de aquel hombre? Otras

veces leía con afán la noticia: la enfermedad seguía su curso, unas fiebres muy altas le tenían postrado en cama.

¡Con qué deseo hubiera querido estar a la cabecera de su lecho, consolándole, cuidándole, como una madre, como una hermana, como una esposa! ¡Ah, aquel pensamiento la estremeció! Ninguna de aquellas tres cosas era ella. ¿Con qué título quería acercarse allí?

Lester estaba muy grave; unas fiebres malignas se habían apoderado de él, dominando su organismo un poco fatigado por la continua actividad de los últimos tiempos.

Le cuidaba, aparte de una legión de enfermeras, su hermana Luisa, pues Letty, la esposa, se encontraba ausente de la ciudad y no llegaría hasta dentro de poco.

En la soledad de su alcoba, dominado por un fiebre intensísima, Lester sentía un extraño remordimiento en el corazón. Sabía que en aquella ciudad había un ser que le adoraba con locura, un ser, separado de él por una serie dolorosa de razones. Y de pronto sintió la necesidad de llamar a su lado a Jennie. Pidió a Luisa que le dejase el teléfono, pues quería llamar a su amiga. Luisa, orgullosa, altiva has-

ta en aquellos momentos de dolor, se negó a ello, pero Lester insistió con tal violencia, se puso tan furioso, que la hermana tuvo miedo y acabó por acceder y darle el aparato telefónico.

El mismo la llamó, con su voz doliente, de pobre enfermo a quien le falta un verdadero cariño.

—Quiero que vengas, Jennie, quiero que vengas.

La voz femenina y dulce, contestó:

—Si me necesitas, iré.

—¡Te necesito!

—Entonces voy al instante.

Lester se sintió más aliviado y aun se contempló en un espejo, deseoso de aparecer gentil ante los ojos de la añorada. ¿Gentil ya? Su rostro había perdido la frescura de antaño. Ya marchó la juventud, la atracción de la materia y sólo debía quedar inmutable el espíritu, venciendo y sobrenadando de todas las dificultades, de todos los inconvenientes.

Luisa estaba indignada.

—Cuando ella llegue, yo me iré.

—Como tú quieras.

Y no volvió a escuchar sus imprecaciones, con los ojos cerrados y un rictus de emoción en los labios al evocar el amor.

Cuando ella llegó, tímida, envejecida, modesta, Luisa, dura e inflexible en el trato, la introdujo en la habitación del enfermo y a modo de advertencia le dijo:

—La señora Kane llega esta misma noche de Nueva York. Espero que tendrá usted el tacto de irse antes que ella llegue.

Movió Jennie la cabeza mientras Luisa desaparecía cerrando la puerta con brusquedad.

Desde las sombras la voz de Lester se dejó oír.

—Acércate, Jennie.

Llegóse lenta, emocionada, al lecho donde Lester estaba rendido por la fiebre.

Se miraron con una dulzura misteriosa, hecha de recuerdos. Sus manos se enlazaron; la mano blanca y fría de la calle; de ella; la mano, cargada de fiebre, de él.

—¿No quieres besarme, Jennie?

—Sí, Lester.

Cambiaron un beso, uno de aquellos besos que ya tenían un perfume dulce, maternal. Lester sintió una vibración en su ser, una vibración que le hacía llorar.

—Jennie, ¿estarás aquí un rato conmigo, verdad?

—Ya lo creo.

Una enfermera entró con la medicina para el señor, y éste dijo con una voz que iba adquiriendo una extraña ronquera:

—Déjelo en la mesa. La señora me lo dará. ¿Verdad, Jennie?

—No faltaba más, Lester.

¡Qué inmensa emoción sentía Jennie ante el hombre que había constituido el centro de toda su vida. ¡Pobre Lester! ¡Qué estragos había causado aquella enfermedad! Hubiera querido llorar proclamando su pena, pero era preciso hacer fuerte el corazón y demostrar una serenidad que le costaba mucho.

Ella cogió la copa de medicina para dársela; la probó Lester y volvió la cabeza a un lado sintiendo un profundo ahogo que dilataba sus venas.

Jennie se asustó, temblaba.

—¡Dios mío! ¿Qué tienes? ¿Te sientes mal? Llamaré al doctor.

—No, no quiero... Ya pasó.

Y con un esfuerzo de su voluntad y de su corazón que comenzaba a fallar, le dijo:

—Siéntate, Jennie.

—Me affige verte sufrir—le decía ella, acariciando sus manos, cohibida en aquel hogar que no era

suyo y donde creía ser una intrusa.

—Tienes que ponerte bueno... muy pronto.

—Eso haré.

Pero la lividez de su rostro, sus ojos apagados, el temblor de todo su cuerpo indicaban la gravedad de su mal. Y Jennie tuvo que morderse los labios para no estallar en un sollozo.

—Verás qué pronto te pones bien.

—Tardo tanto. Y no sé por qué. Nunca me había pasado eso.

—Es porque no te cuidas — le dijo amorosamente, engañándole.

—Tendrás que tomártelo con calma.

—Tienes razón.

La miró mucho; luego continuó, los ojos llenos de lágrimas:

—Estás más gruesa. Eso te favorece.

—Me hago vieja, Lester — dijo con melancolía.

—La edad no importa.

Y bajó los ojos como si evocara la juventud perdida, los años que no habían de volver. Su mano acarició una sortija que él la había regalado, en la que campeaba un brillante.

El reconoció aquella alhaja y sonrió:

—Todavía la llevas. La primera que te di...

—Nunca la aparto de mí.

—¡Qué buena, qué buena, mi Jennie! ¿Por qué no tuve que estar siempre contigo? ¿Por qué? Dinero, ambición, lujos, ¡qué poquitas cosas cuando uno sufre! El verdadero amor es lo único que vale... ¡Ah, hice muy mal en dejarte marchar... muy mal!

—No, Lester...

—He sido un loco, un loco. Ya ves... mi vida enferma. No me rodea un verdadero cariño. Mi esposa es como una lejana pariente que está en casa de vez en cuando... y nada más. Contigo lo hubiera tenido todo... todo y lo perdí. ¿Por qué te marchaste?

Jennie le escuchaba con ternura.

—No te acalores, Lester. Las cosas fueron porque debían ser. Mi sacrificio era necesario. Yo no podía consentir que perdiéses tu situación. Estoy contenta. Has llegado muy alto. No me importa haber sufrido porque conseguiste tu gloria.

—No me satisface... Sin ti mi triunfo no vale nada... nada en absoluto. No he sido más feliz.

—¡Pobre Lester!

—¡Qué loco he sido! — añadió

con los ojos bañados en lágrimas.
—Tenerte a ti y dejarte perder. Pero a pesar de mis errores te juro que te he amado.

Le miraba ella con gratitud. Aquellas palabras la llenaban de infinita alegría... ellas significaban que ella había reinado siempre en aquel corazón, que nunca le había abandonado, que Letty no había podido sustituirla en su recuerdo.

—Te he amado y te amaré siempre—siguió diciendo él, pausadamente—. Mi error fué el no casarme contigo, abandonándolo todo de una manera definitiva para ti. Eres la única a quien he amado. Te lo juro... mi bien... te lo juro.

Lloraba amargamente. Jennie le besó en la frente y su beso fué como una luz.

—Lester, oyeme una cosa. Soy feliz. La verdadera infelicidad no existirá nunca para mí. Después de haber oído tus palabras sé que me quieras como antes... como cuando vivíamos juntos. Yo te quiero también y desde mi rincón te profesaré mi cariño eterno.

—¡Mi Jennie!

Se cerraron sus ojos, quedó en un extraño sopor. Jennie le llamó varias veces sin que contestara.

Alarmada corrió a avisar; acudieron el médico, la hermana y unas enfermeras. Lester había sufrido un sincopal y estaba muy grave.

Luisa, furiosa, aun tuvo fuerzas para decir a Jennie:

—Le ruego que se marche. Se pone peor cuando está usted aquí, ¿no lo está viendo?

Marchó la pobrecita mujer, dando un último adiós al hombre al que había amado tanto y que presentía iba a morir.

Salió a la calle, hacía frío, mucho frío, un frío que helaba, como la mano del moribundo.

¡Oh, Lester! ¡Si las cosas pudieran volver atrás! ¡Oh, Lester!

Y fué repitiendo el nombre amado, el nombre que no volvería quizás a oír.

* * *

Ella presenció el entierro de Lester. Lloró a solas, con un dolor hondo, silencioso, mortal... Presentía que no tardaría mucho en seguirle hacia la vida del más allá. El la llamaba desde el silencio a gusto de las sombras:

—¡Jennie, Jennie!

Y ella quería reunirse con él... y con Vesta.

Su vida había sido de eterno sacrificio y quería reunirse con los

muertos para no dejarles ya nunca.

Y anduvo por la calle como una autómata mirando sin ver y besando la sortija que le parecía sagrada.

FIN

Próximos números:

LA FORMIDABLE NOVELA

EL MUNDO CAMBIA

por el famoso **Paul Muni**

y la joya de la pantalla

CANCIÓN DE CUNA

por **Dorotea Wieck**

(Según la obra maestra de **G. Martínez Sierra**)

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16. - Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Ediciones ideales

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

El film de hoy

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo.

Precio 50 cts.

EL SOBRE MOJICA

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

CANTE FLAMENCO

Librito de canciones consagrados a los más destacados cantaores
Precio 0'50 cts.

Lujosa presentación.

Estrellas y canciones

Libritos de cuplés del repertorio moderno de las más relevantes figuras de «Variétés».

Precio 50 cts. - Portada a colores

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
400 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

E. B.

Precio: Una peseta